

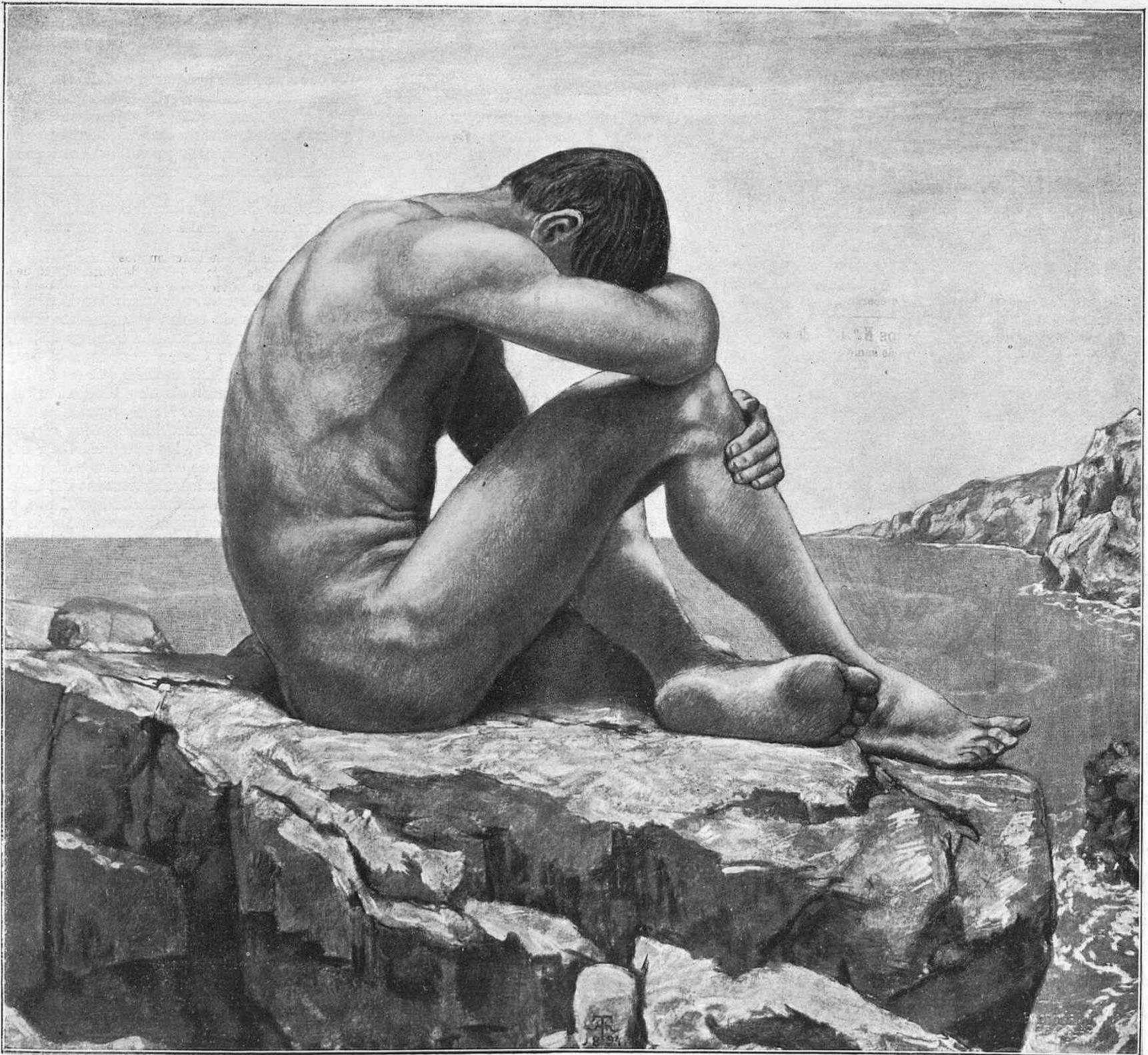
# La Ilustración Artística

AÑO XXXII

BARCELONA 20 DE ENERO DE 1913

NÚM. 1.621

OBRAS NOTABLES DE LA PINTURA MODERNA



SOLEDAD, cuadro de Hans Thoma

(Reproducción autorizada por la Photographische Gesellschaft, de Berlín.)

## SUMARIO

**Texto.** - *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. - *El sentido de la vida*, por Miguel Sarmiento. - *La isla de Córcega*. - *Las conferencias de Londres*. - *Nuevo submarino de la armada inglesa*. - *Versalles. Elección del nuevo presidente de la República francesa*. - *Busto del Sr. Fallières*. - *Barcelona. Exposición de «Arts y Artistas»*. - *Retrato de S. A. la infanta Isabel*. - *El nuevo ministro de México en Madrid*. - *Los terrores del río* (novela ilustrada; continuación). - *El monumento a Verdaguier*.

**Grabados.** - *Soledad*, cuadro de Hans Thoma. - Dibujo de Carlos Vázquez, ilustración al cuento *El sentido de la vida*. - *Vistas de Córcega* (ocho fotografías). - *Macedonia. Fernando de Bulgaria en las ruinas de Cavala*. - *El submarino E 4 inglés*. - *Versalles. Elección del presidente de la República francesa* (cuatro fotografías). - *A la vera del querer*, cuadro de Martí y Garcés. - *El baño*, cuadro de José María Tamburini. - *Busto de Fallières*, modelado por Carlés. - *S. A. la infanta Isabel*, retrato por Manuel Benedito. - *El ministro de México y el personal de la legación*. - *Barcelona. Grupo de artistas de la Asociación «Arts y Artistas»*. - *Proyectos del monumento a Verdaguier*. - *El Sr. García Prieto visitando las obras del puerto*.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El tren que nos lleva a pasar el día a «la antigua Compluto», como le llaman los que quieren florear el estilo, va lleno de uniformes azules, de largos capotones, de esos de germánico aspecto que nuestro ejército ha adoptado. La noble ciudad castellana, de intelectual abolengo, hoy decaída de su esplendor, no conserva un poco de vida sino gracias al acantonamiento de las fuerzas que la guarnecen.

¡Tantos recuerdos, tantas glorias! Dos nombres flotan en el ambiente recogido y semimonástico de Alcalá de Henares: Cervantes y Cisneros. Son, me parece, un par de nombres. El haber dado cuna al primero, se lo disputa a Alcalá de Henares Alcázar de San Juan, donde existe una pléyade de eruditos mantenedores de que Cervantes nació allí. Mil veces han llegado hasta mí incidentes de este litigio, en el cual no tengo calidad para intervenir, aunque otra cosa digan los bondadosos señores que a mí recurren. Será acaso la cuestión del nacimiento de Cervantes una de tantas de la biografía cervantina, sobre la cual se ha escrito y seguirá escribiéndose hasta sabe Dios cuándo, porque, a pesar de muy laboriosas investigaciones realizadas con una tenacidad que parece alemana o, dijéramos mejor, benedictina, en la vida del Manco ha de haber siempre mucho que permanezca en sombras, y algo semejante ocurre en la de todos los grandes personajes, literarios e históricos. Porque la verdad que se funda en documentos tampoco es la verdad, y hasta diré que lo más interesante y revelador no se consigna en documentos nunca.

En esto pensaba cuando me dirigía a la vieja urbe universitaria, que en tiempo de Cervantes, y cuando los padres del excelso ingenio residían allí, estaría llena de animación, recorriendo sus calles los sopistas, con sus bayetas negras y sus caras juveniles y rientes. Hoy es Alcalá una ciudad callada, limpia, en cuyo aire reposado tiemblan las vibraciones de las campanas de unos veintitantos o treinta conventos de monjas. Esos conventos, de paredes de ladrillo algunos de ellos, casi sin ventanas, a menos que se cuenten por tales dos o tres angostas rejillas, que semejan ojazos de azabache en el rostro cobrizo de una gitana, prestan a Alcalá cierta nota de misterio atractivo para el artista. Los nombres que les da la gente - monjas de hierro, monjas de palo - interesan como si detrás de ellos se vislumbrase una leyenda de novelesco sabor y, sin embargo, no hay tal cosa pues el hierro y el palo de las monjitas se reduce al material de la verja que rodea su atrio. Pero es misterioso siempre un convento de mujeres, de contemplativas, y yo, desde el punto de vista de la impresión sentimental, prefiero esta clase de freiras, ancladas en la paz de un pueblo histórico y ajeno al movimiento contemporáneo, en la serenidad de lo definitivo, a esas otras monjas cuya utilidad y cuya altura moral reconozco, pero que son mucho menos poéticas: las que salen y entran, van a las casas a cuidar a los enfermos, se sacrifican con abnegación en los hospitales, o dan escuela a los chiquillos. Estas solitarias, que hacen del monasterio fortaleza contra la inestabilidad del destino, que voluntariamente se han cosido en el sudario místico de sus votos perpetuos, sugieren más nostalgia, por lo mismo que son un arcano, y que nadie puede saber lo que pasa en sus espíritus, protegidos por los muros altos y las rejillas negrísimas...

Lo único que sale al exterior de las monjas de Alcalá es su modesta y arcaica industria de las almendras garapiñadas... También las almendras tienen su secreto. Alcalá es notable por la excelencia de sus confiterías. Donde apenas hay diversiones, la golosina es un *peché mignon*, y en estos pueblos clá-

sicos, rebosantes de memorias, consagrados a un pasado, se vende mucho dulce, muchas primorosas frutas de horno. Lo mismo tuve ocasión de observar en Loja, donde seguramente no existe proporción entre el número de habitantes y el de confiterías, y donde existe una especialidad de roscones blancos, de esos que, como dijo con donaire Vital Aza por boca de uno de sus personajes, no debían acabarse nunca. Pues bien, con ser tan maestros los confiteros de Alcalá, y poseer tal arte para las merengadas y las empanadillas toledanas, rellenas de cabello de ángel, los bizcochones y otros infinitos refinamientos de pastelería, repostería y dulcería, no han podido sorprender el secreto de las monjas. Todos hacen almendras garapiñadas, y las venden por arrobas; pero, ¿como las que vienen del convento, en alcataces sujetos con un alfiler, que recuerdan el siglo XVII? Quiá. Nadie, nadie puede competir con las monjitas. Buenas serán otras almendras, pero las del convento son otra cosa, menos empalagosas, doblemente ligeras, y crocantes. Hay no se sabe qué diferencia, un punto - ese punto que da la gracia a todas las cosas... Es como el misterio de otras almendras célebres, las de Allariz. Yo no he podido jamás obtener la receta, que el celo de la gloria local reserva cuidadosamente.

Una de las magnificencias de Alcalá es el Archivo. Sigue siéndolo desde el punto de vista monumental, aunque desde el documental se haya visto despojado de sus riquezas, que se trasladaron al Archivo Histórico, y se encuentre convertido en depósito de los papeleros más inútiles y de los más estorbosos farragos que con celo digno de mejor causa conserva nuestra chinesca Administración. En efecto, yo me pregunto si, caducando las Cuentas a los cinco años para todo efecto de reclamaciones y rectificaciones, es tan necesario archivarlas pasada esa fecha, o si no sería mejor hacer de ellas un extracto que quedase como dato general, y quemar tanto legajo que nadie consultará nunca. Puede que esto que digo sea un dislate; hay quien entiende que todo papel puede servir de algo en alguna ocasión. Si se me demuestra que éstos merecen el trabajo de guardarlos en orden estricto, en sólidas y costosas estanterías, dentro de tan soberbio monumento nacional, al cual se le están poniendo apéndices y anexos, porque los papelones todo lo inundan, diré que me retracto. No sé cómo se llegará a pegar al insigne Archivo tanto almacén como se necesita para el río caudaloso de mazos de manuscritos que aquí confluyen.

El Archivo, en su parte antigua, es una joya del Renacimiento, de una pureza y elegancia de líneas que admira y encanta.

Yo he ido a Alcalá, antes de ahora, con frecuencia, y no me he cansado nunca de contemplar los bellos modillones del patio, con su riqueza de diseño y su grandiosidad de concepción, a veces miguelangelesca. Han resistido a la barbarie que los carcomió y mutiló. Emergen, sobre la ofensa del tiempo y de las manos sacrílegas, muchos intactos trozos, y el vigor de las anatomías, la magia de los caprichos de flores, troncos, monstruos, quimeras, endriagos, amores, sirenas, caras tétricas saliendo de capuces dantescos, y faunillos rientes, hijos legítimos de la pagana alegría de aquel período histórico, nos hechizan. ¿Por qué el dinero que se gasta en conservar lo que de nada ha de servir, no se empleará en hermosear, no el patio, que eso no cabe, sino su recinto, donde crece hierba infecunda, y en medio del cual un pozo, sin valor artístico, más afea que decora? Allí conviene un jardín a estilo de los que pintó Velázquez, y un pozo copiado de alguno de los muchos modelos que existen contemporáneos del edificio, con los hierros forjados. Y no fuera malo tampoco terminar la obra del Salón de Concilios. El Salón de Concilios, en parte restaurado, estaba igual que ahora cuando por primera vez lo vi, hará un cuarto de siglo, y ya entonces me dijeron que lo poco que faltaba se haría en breve. Hoy se me figura que son menos optimistas, porque entienden que, vista tal interrupción, no se hará jamás. Están terminados el techo, de morisco alfarje; las ventanas con su vidriería de colores; y su encuadrado, árabe también, las puertas; faltan el friso y su entablamento, o su azulejería, que es lo propio; el decorado de las paredes, y el piso. En el piso se lee la brusca suspensión de los trabajos, porque parte de él está de ladrillo y al final un trozo es sólo de tierra, que mancha las botas. Y en tantos lustros, no se ha intentado dar remate a una labor que exigen de consuno nuestra honra nacional y nuestro interés, para los fines del turismo. En el tiempo transcurrido, los dorados de la restauración, por fortuna, se han puesto apagados y morenos, y las pinturas han perdido también la crudeza de nuevas, con lo cual parece todo más armonioso y dulce a la vista. Dicen los muy entendidos que la restauración es torpe e imperfecta, porque las leyen-

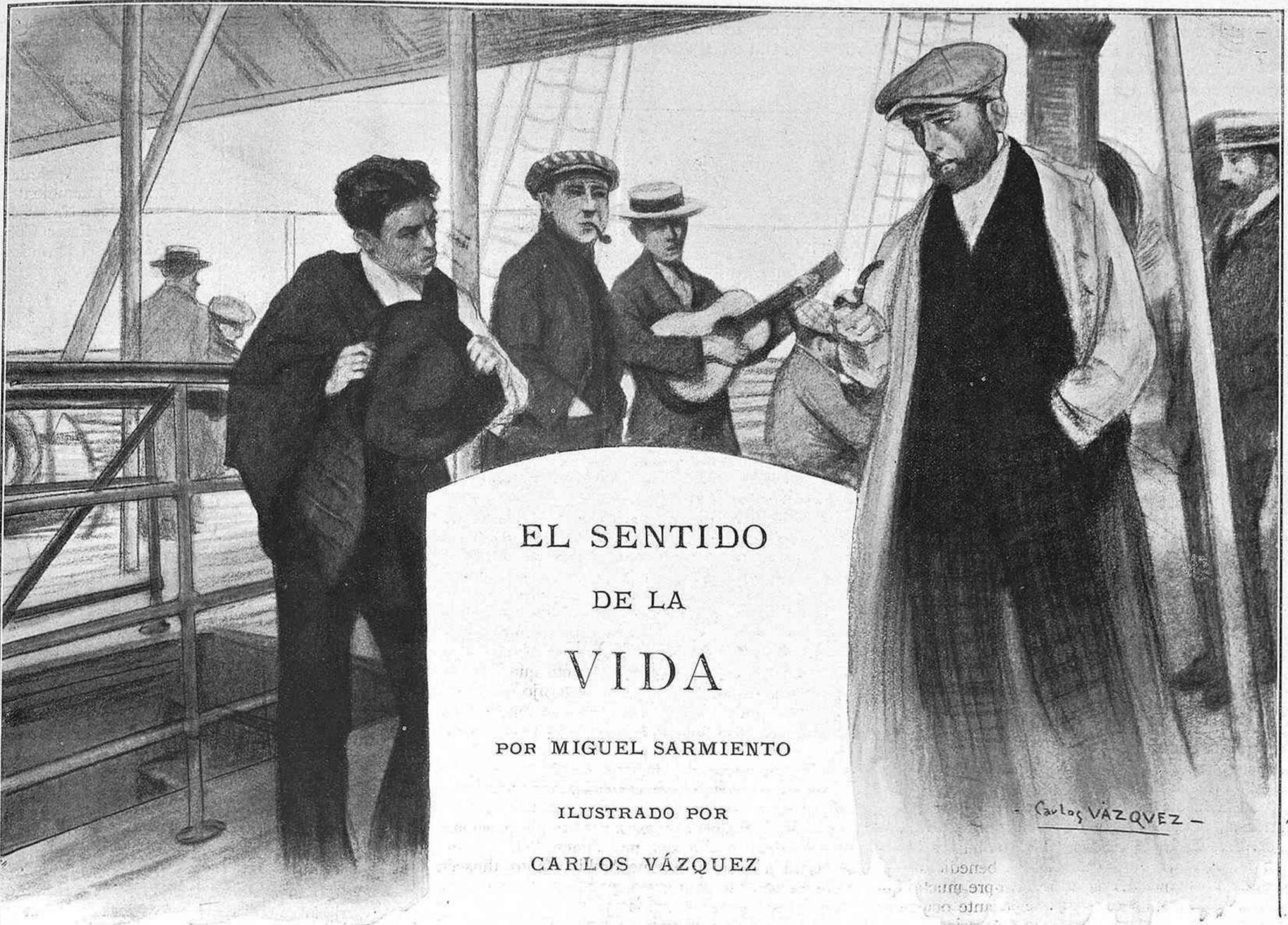
das árabes están truncadas, y delata este pormenor que la obra fué hecha por quien desconocía la lengua y hasta el estilo, pues allí aparece la mezcla de varios, desde el persa hasta el mudéjar. Como la impresión de conjunto es bella y la inmensa mayoría de la gente no aprecia esos pormenores (sin que yo niegue que son muy dignos de ser tenidos en cuenta), el día en que el Salón de Concilios se termine, y cubran tapices sus paredes, será espléndido para celebrar algún acto solemne y aparatoso, que sirva de pretexto a la exhibición de ese encantado recinto, y de la grandiosa escalera, y del patio, y de la galería de hadas que lo registra.

Poniendo a prueba la agilidad de mis acompañantes, recorrí hasta tres veces el Archivo, y lo curioso de mi peregrinación es que la hice en busca de un aposento que se había perdido y que yo no me resignaba a no encontrar. Era un camarín, en el torreón de Tenorio, y en él, cuando en el Archivo de Alcalá existían causas de Inquisición, de brujería y sortería, en extremo dignas de un destripe, me había ofrecido amablemente el Archivero mayor instalarme una mesa, para mis estudios. De esto hacía muchos años, y no llegué a aprovechar la oferta; pero, como quiera que la imagen del lindo camarín quedó grabada en mi memoria, no me era posible convencerme de que se lo hubiesen llevado malignos encantadores. El conserje, partiendo de la idea de que un torreón es sólo su parte alta, y protestando de que si conociera él un edificio donde llevaba cuarenta años de residir, me llevó a la plataforma, y desde ella subí a los alminares, y vi un panorama muy bello, por lo cual no lamenté las erratas ni la ascensión, un tanto dificultosa. Y a fuerza de insistir, y previo auxilio y consulta de los archiveros, conseguí que el perdido camarín reapareciera. Vacío se halla de todo mobiliario, pero es una monería, y allí se puede fantasear lo que se quiera sobre cautivas moras, caballeros que vienen a redimir las, trovadores o rawies que entonan rondeles o kásidas, y todo el decorado y accesorio del romanticismo.

Del camarín pasé a otro monumento que también están restaurando, me figuro con mayor actividad: la catedral. La visité en otros tiempos, sin andamios, sin cal, sin maderos en confusión y piedras esparcidas, y apenas la reconocía, en su desolación de fábrica nueva. El sepulcro del gran cardenal se oculta bajo una garita de tablas, y malamente, a la luz de una palmatoria, pudimos apreciar algo de su ornato, tan italiano como Cisneros era español. Las ricas y ostentosas verjas, empasteladas por capas de polvo y yeso, apenas lucían su elegante dibujo, sus retorcidas columnas salomónicas. De la cripta, donde se guardaban con tanta veneración, faltan los cuerpos de los santos Justo y Pastor, los niños mártires, que a los siete y nueve años de edad dieron testimonio de su fe y fueron degollados. Las escenas del martirio se ven esculpidas en el encuadrado del ara, pero los Niños se fugaron a la iglesia llamada de los Jesuitas, donde el cabildo se ha refugiado también. El día en que la Catedral salga de su andamiaje remozada, con cuerda para muchas centurias, necesitará recobrar el moho, la pátina que los siglos le habían prestado.

No ha sido nunca, sin embargo, esta catedral de Alcalá, de las que en España asombran al turista y al artista. Las poseemos tan divinamente hermosas, tan notables como ejemplares arquitectónicos, tan ricas de tesoros en su interior, que ésta figura entre las de tercer orden. No muy lejos de Alcalá se encuentra una de las más típicas: la Catedral-fortaleza de Sigüenza.

De noche, cuando nos retirábamos, camino de la Estación, iba lamentando no haber conocido a estas ciudades que son como núcleos de la nacionalidad, en sus días de vida intensa, cuando, a la vuelta de una calle oyéronse gritos, fulguraron antorchas, hormigueó multitud, algo que al pronto parecía motín... No era sino una estrepitosa cencerrada al estilo clásico. Por la mañana se habían casado dos viejos, más allá de los sesenta, y con cencerros, cuernos, cacerolas y cantos de gorja, celebraba el suceso la gente maleante y de humor... Por un instante, la antigua Alcalá estudiantil me pareció que había revivido, en esta zambra de vejamen de la senilidad del amor. Así sería, cuando por sus calles vagaba en busca de aventuras Quevedo, la ilustre Compluto; porque el saber y el romper codos y gastar aceite en la lámpara o en remojar pan con que sustentarse espartanamente, no ha sido nunca obstáculo para armar estas funciones de risa... Tuve el gusto de creerme, de pronto, en los grandes tiempos de Alcalá de Henares, mientras los novios sabe Dios qué dirían, al interrumpirse su idilio... El tren me despertó. ¡No era en el siglo XVII! ¡Qué lástima!



EL SENTIDO  
DE LA  
VIDA

POR MIGUEL SARMIENTO

ILUSTRADO POR

CARLOS VÁZQUEZ

- Carlos VÁZQUEZ -

I

Nos fué antipático desde el primer instante. Sus gestos displicentes y sus medias palabras desalentadoras cayeron como un jarro de agua sobre nuestros entusiasmos. Eramos tres mozos que nos íbamos a la Argentina con el bolsillo ligero y la cabeza atiborrada de ilusiones. Salíamos por primera vez de nuestra ciudad y al encontrarnos a bordo habíamos formado una peña inseparable. Reunidos a todas horas acabamos por imaginarnos que habíamos vivido juntos siempre. Acercábanos el recuerdo de nuestro país, la alegría del instante actual y la esperanza en el mañana que nos seducía como un juguete desconocido. Con nosotros navegaban millonarios americanos, jóvenes ahitos de los placeres de Europa, damiselas que sonreían aún al encanto de París; mas ninguno con ser tan ricos y volver tan satisfechos era tan feliz como los tres pobres diablos que nos asomábamos por primera vez al mundo. Nuestras risotadas, nuestras bromas, nuestra inconsciencia, acabaron por despertar la curiosidad y ¡quién sabe! si la envidia de todos.

Acaso por esto mismo buscó el misántropo nuestra conversación. Era un hombre envejecido más bien que viejo, con caudal y sin familia. Había visitado todas las tierras del globo y continuaba sus viajes por no haber tropezado en sus andanzas con gentes y países que le hubiesen llegado al corazón. Al principio achacamos su amistad al influjo que nuestro contento ejercía probablemente en su acritud incurable. Luego advertimos el móvil que le traía a nosotros. No era el deseo del móvil que buscaba participar de la alegría ajena: era el afán de destruir nuestro optimismo. Nunca atacaba de frente nuestras ilusiones. A la fe en lo porvenir respondía con reticencias, con movimientos de hombros, con sonrisas piadosas y lances de muchos colonizadores infelices. A las primeras conversaciones habría sido fácil prescindir de su amistad. Transcurridos unos días ni siquiera lo intentamos. Aquel hombre, que conocía a la Argentina camino por camino y pueblo por pueblo, sembró en nosotros el temor y la duda; nos faltó valor para renunciar a su

experiencia. No dejamos de reír; pero desde entonces nos reímos de otro modo.

II

Pasábamos grandes ratos en la cubierta de tercera. Ibamos allá arrastrados por impulsos diversos y egoístas: el misántropo, para confirmar, con el ejemplo de tantos sin ventura, sus axiomas crueles, y nosotros para confortarnos con tanta miseria que nos reconciliaba con nuestro destino. Los emigrantes rebullían con la algazara, el color y la inquietud de un zoco árabe. Oíanse palabras de lenguas distintas; voces dulces y voces broncas; injurias y cantares; risotadas y llantos. Veíanse trajes de países diferentes; actitudes de tedio, ademanes de protesta, miradas de rencor y ojos tranquilos, ojos serenos abiertos a la calma del aire azul. Respirábase allí algo que nos conmovía profundamente. Era aquello el campamento de los desheredados, la gran leva del hambre, al salir del calvario sufrido y al acometer el asalto de la fortuna anhelada, reposaba unos días al sol de plena mar, en el trópico.

Una tarde, después de comer, nos detuvimos frente a un grupo de emigrantes, una familia a juzgar por su traza. Eran cuatro: una mujer casi anciana, dos mozas casi niñas y un muchacho granado y risueño. Había en la expresión de éste tal cordialidad y tal franqueza, que instintivamente nos paramos delante de él.

- ¿Adónde vas?, le preguntó el misántropo.
- A Buenos Aires, respondió, sin dejar de sonreír.
- ¿A la capital o a la campaña?
- ¡Adonde Dios nos lleve!
- Pero ¡cómo!, ¿no sabes aún lo que vas a hacer?
- Saberlo sí: a trabajar voy.

- Digo si llevas recomendaciones; si conoces a alguien en América, si sabes dónde falta gente.

- No conozco a nadie, ni llevo más recomendación que éstos..., dijo jovialmente golpeándose los brazos.

- Pues mal lo vais a pasar. Este año ha caído la plaga. No ha llovido. Las cosechas están perdidas.

El muchacho dejó de sonreír; avanzó y nos indi-

có con un gesto que le siguiéramos. Apartados ya de su familia, nos dijo:

- Que mi madre y mis hermanas no lo oigan. Son mujeres y ¡las pobres!, se achican pronto. Al menos que vivan tranquilas estos días en el barco. Por mí, nada. Ya sé lo que me espera. Pero el trabajo no me asusta. Lo que hagan otros haré yo.

Recobró su apacibilidad y nos refirió que eran zamoranos y que su padre, muerto hacía pocos meses, no les había dejado más fortuna que un huertecillo mísero cuyo precio casi no les bastaba ni para llegar a América. Su padre había pensado en emigrar y él, su hijo, seguía su consejo. Allí en el pueblo, con las contribuciones, la usura y los años malos, habrían concluido por pedir limosna. Mal podría irles en las tierras que les esperaban, pero siempre los alentaría lo que en el pueblo no cabía tener: la esperanza de mejorar.

- ¿Y no sientes miedo de meterte sin dinero y sin amigos en un país que no conoces?

- No, señor, contestó resueltamente. El que quiere trabajar, trabaja en todas partes. Sé mi oficio y me sobran fuerzas. El que se porta bien halla tarde o temprano quien le ayude.

El valor de aquel muchacho nos desconcertaba. En su mirar y en su decir revelábase su espíritu noble y resuelto. El misántropo le agobió a preguntas, y le abrumó con sus augurios tristes. Le pintó la vida en los conventillos; la maldad de los capataces; la existencia en los ranchos y en las chacras; la lucha con la tierra entre los remolinos de polvo caliente y rojo levantados por el pampero; la lluvia de langosta; la dispersión de los ganados hambrientos; y la alegría embrutecedora de los domingos pasados en el *boliche*, en la soledad de las llanadas, inmensas como la mar.

El muchacho zamorano se defendía como Dios le daba a entender. Contestaba en ocasiones con la lógica campesina, aplastante; otras alzaba los hombros resignado; y a veces sonreía y exclamaba: «¡Allá veremos!» Tanto insistió el misántropo, que nosotros intervenimos para cortar la conversación. El huérfano nos tendió la mano y al despedirse nos dijo:

- De todo esto ni una palabra a mi madre.

En cuanto salimos de tercera no pude contenerme y arremetí contra el misántropo:

- ¡Ha hecho usted una mala obra!

- ¿Pues qué? ¿Quería usted que le engañara?

- Engañarle no. Pero pudo usted aconsejarle y darle ánimos en vez de quitárselos.

- ¡Cada uno entiende la caridad a su manera!

- ¡Eso parece!

Y no hablamos más.

### III

Desde aquel entonces el misántropo frecuentó poco nuestra compañía. Con los calores se le recrudeció una enfermedad gástrica que le aquejaba y dejó de asistir a la mesa. Vivía recluso en su camarote, sometido a un régimen especial de alimentación, sin leer ni hablar con nadie. Una tarde mis compañeros y yo tomábamos el café, cuando sonó una detonación en el entrepuente a proa. Salimos a cubierta y al asomarnos a la baranda vimos al misántropo braceando en el agua y al muchacho zamorano que se lanzaba tras de él. El vapor detuvo su andar, y con la fuerza de la

arrancada describió una curva en torno a los naufragos. Paradas las máquinas, mudos e inmóviles todos, no se oía más rumor que el de los marineros que arriaban las fallas. Agolpados a la borda, mirábamos angustiados las dos cabezas que ya se ocultaban, ya reaparecían entre las mares. De pronto ocurrió algo que nos emocionó y arrancó aplausos y vivas. El muchacho zamorano se había hundido en el agua y el misántropo nadaba violentamente en su socorro; llegó donde había desaparecido, se zambulló tras de él y juntos volvieron a la superficie. El suicida frustrado devolvía la vida al pobre niño que por salvarle estaba a punto de morir.

Tendido en cubierta el muchacho se recobraba sonriendo, sin hablar. A su vera, de pie y chorreando agua, el misántropo le miraba con los ojos velados por la emoción. Me acerqué a él y le murmuré al oído:

- Le debe usted la vida.

No se volvió a mirarme, buscó a tientas mi mano, me la estrujó fuertemente y sin desviar del pobre niño la mirada, exclamó con voz temblorosa:

- No, la vidano. Algo que vale más, mucho más que ella. ¡Ya sé para qué se vive!

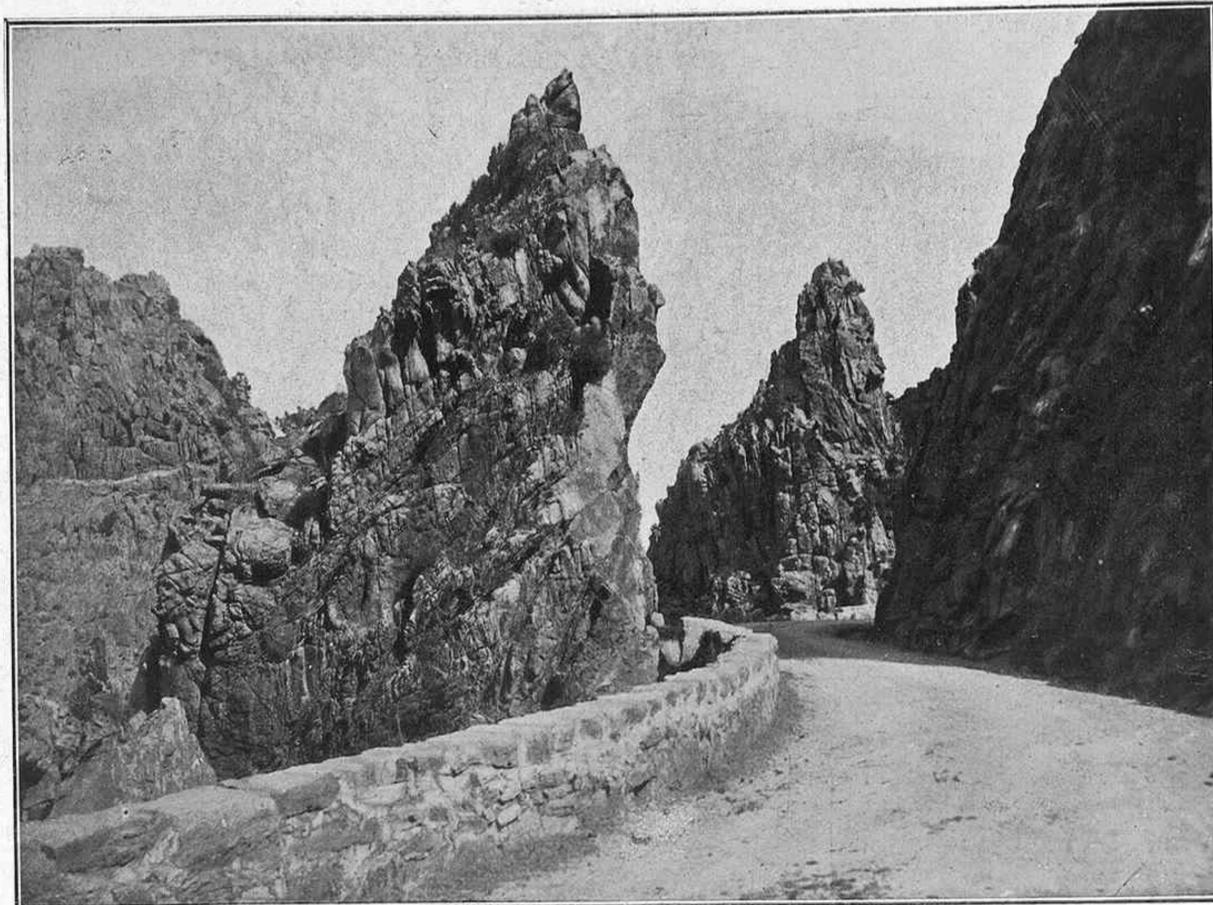
### LA ISLA DE CórCEGA

Por los recuerdos históricos que encierra, por su naturaleza y por el modo de ser de sus habitantes,

la isla de Córcega ofrece gran interés a los turistas. De carácter salvaje y majestuoso, presenta en su interior un conjunto de altísimas montañas que casi se tocan unas a otras y que forman un sinnúmero de gargantas agrestes y de hermosos valles atravesados

al Norte, y el cabo del Muro, al Sur, y está dominada, en el interior, por majestuosas cimas cubiertas de nieve hasta en verano. En ella todo recuerda al gran Emperador y a su familia: hay una avenida del Primer Cónsul, una calle de Napoleón, una avenida

de Napoleón, una plaza de Bonaparte, un bulevar del Rey Jerónimo y una plaza de Leticia; y en diferentes sitios de la ciudad álzase monumentos dedicados a Napoleón I. En las Casas Consistoriales hállase instalado un museo napoleónico y en la plaza de Leticia antes citada consérvase todavía la casa en donde nació Napoleón en 15 de agosto de 1769; esta casa, hoy propiedad de la exemperatriz Eugenia, contiene varios muebles auténticos, entre ellos un clavicino y una silla de manos de la madre del Emperador. De todos los edificios públicos de Ajaccio el más interesante es el palacio Fesch, que fué propiedad del cardenal de este nombre, tío materno de Napoleón, y en el que hay una importante biblioteca con cerca de 40 mil volúmenes y más de 200 manuscritos, y un museo que con-



Isla de Córcega. - Las famosas Calanche de Piana, grupo de grandes rocas en el camino de Ajaccio a Evisa. (De fotografía de E. Frankl.)

por arroyos o torrentes. Peñascos soberbios, bosques seculares, hondos precipicios, en cuyo fondo rugen aguas turbulentas, completan la grandiosidad de aquel paisaje que se continúa en la costa, llena de escarpados promontorios y de golfos profundos.

No pocas de las selvas seculares que poblaban la isla han sido destruidas por incendios más o menos intencionados, estando ahora convertidos los sitios

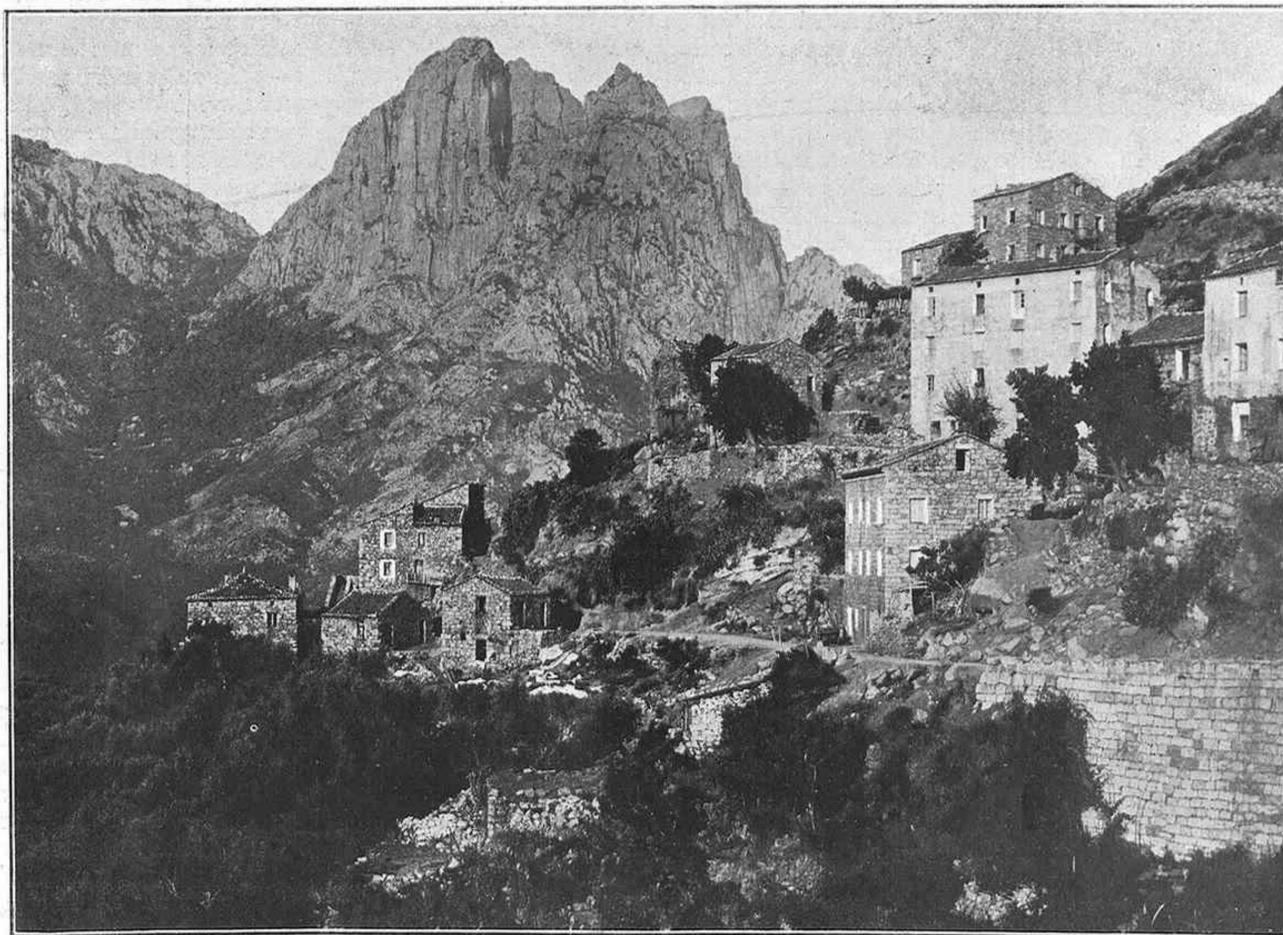
tiene varios cuadros notables.

Calvi, pequeña población de unos 2.000 habitantes, está situada en un promontorio que penetra muy adentro del mar y se compone de dos partes: la baja, que es la moderna, en donde están la estación del ferrocarril, la subprefectura y la iglesia; y la alta, en una lengua de tierra que domina el puerto, con un recinto fortificado en cuyo centro está la antigua catedral. Calvi pretende ser el pueblo natal de Cristóbal Colón y en la calle que lleva el nombre de éste hay una casa con una plancha conmemorativa en la que se consigna que allí nació el descubridor del Nuevo Mundo.

Bonifacio, vieja ciudad de unos 4 mil habitantes, está situada en uno de los puntos más pintorescos de la isla, en una península rocosa que forma un alto promontorio, en donde está emplazada la ciudadela.

En una altura de la carretera de Bastia a Rogliano está la llamada Torre de Séneca, que nada tiene que ver con el célebre filósofo, puesto que su construcción data de la Edad Media.

El pueblo de Ota, situado en el valle del Porto, en el camino de Ajaccio a Evisa, permite formarse idea de lo que son en Córcega la mayoría de las aldeas, asentadas sobre peñascos, entre abruptas montañas y grandes precipicios. En el mismo camino están las célebres Calanche de Piana, conjunto de rocas graníticas, algunas de 400 metros de altura, de aspecto grandioso y salvaje. - L.



Isla de Córcega. - Pueblo de Ota, situado en el camino de Ajaccio a Evisa. (De fotografía de E. Frankl.)

que aquéllas ocupaban en espesos carrascales en donde hallan su principal refugio los bandidos y los que quieren entregarse a la *vendetta* o temen ser víctimas de esta tradicional costumbre corsa.

Ajaccio, la capital de la isla, con más de 22.000 habitantes, ocupa una posición magnífica al borde de un golfo comprendido entre el cabo de la Parata;

el camino de Ajaccio a Evisa, permite formarse idea de lo que son en Córcega la mayoría de las aldeas, asentadas sobre peñascos, entre abruptas montañas y grandes precipicios. En el mismo camino están las célebres Calanche de Piana, conjunto de rocas graníticas, algunas de 400 metros de altura, de aspecto grandioso y salvaje. - L.

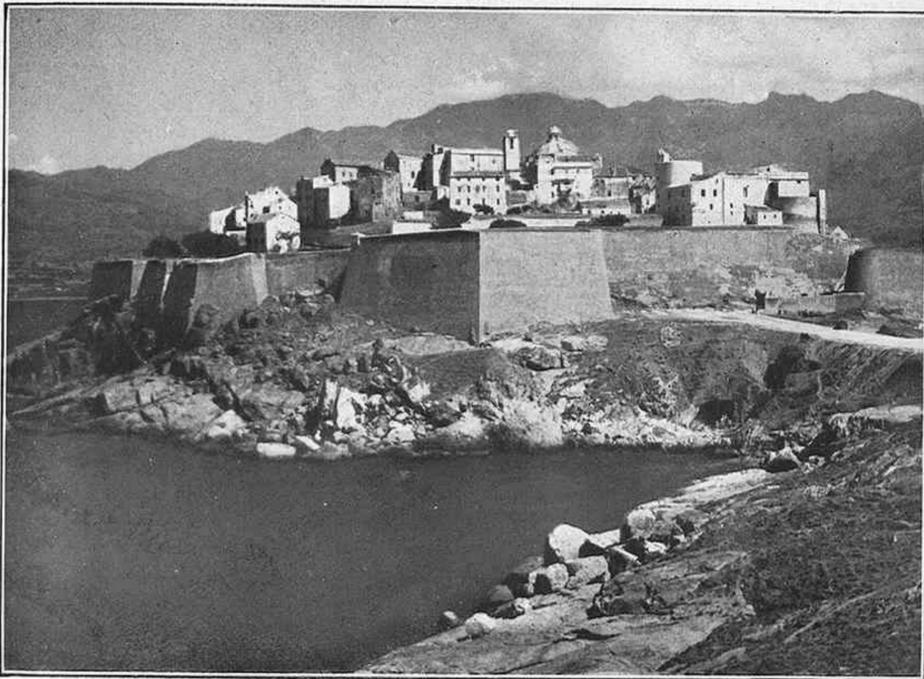
CÓRCEGA PINTÓRESCA. - POBLACIÓN, TIPOS, PAISAJES



Ajaccio. Avenida de Napoleón. (Ajaccio, capital de Córcega, tiene 22.000 habitantes).



Ajaccio. Casa donde nació Napoleón I en 15 de agosto de 1769. Hoy es propiedad de la exemperatriz Eugenia.



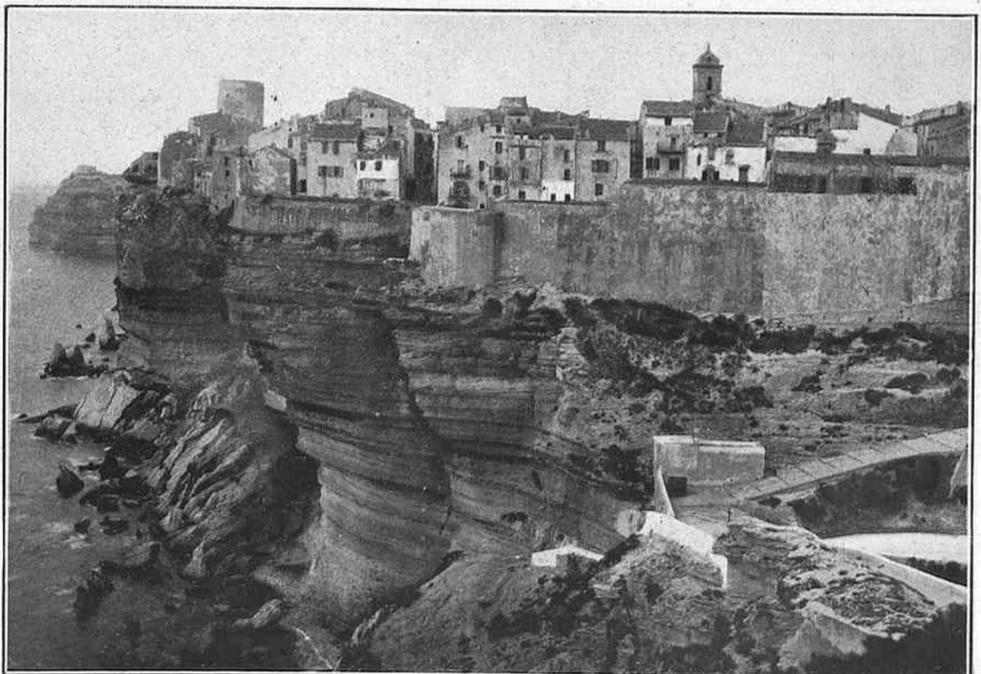
Calvi. Vista de la parte alta de la población. (Calvi tiene 2.000 habitantes y se divide en dos partes: la baja, que es moderna, y la alta, antigua, rodeada de murallas).



Tipos de campesinas corsas.



Torre llamada de Séneca, situada en una altura, en el camino de Bastia a Rogliano.



Bonifacio. Un barrio de la población. (Bonifacio, que tiene unos 4.000 habitantes, está situada en uno de los lugares más pintorescos de la isla).

(De fotografías de E. Frankl, de Berlín.)

## LA CUESTIÓN DE ORIENTE

## LAS CONFERENCIAS DE LONDRES

La conferencia de los delegados balkánicos y otomanos no ha vuelto a reunirse desde el día 6, en que, como dijimos en la última crónica, los aliados declararon suspendidos los trabajos de aquélla.

En cambio, se han reunido y han tomado importantes acuerdos los embajadores de las potencias, congregados también en Londres y que al fin han encontrado ya la forma de solventar las diferencias que, en algunas cuestiones, los separaban.

Conformes dichos embajadores en aconsejar a la Puerta la cesión de Andrinópolis a los búlgaros, no lo estaban, según parece, en lo referente a las islas del mar Egeo. La Triple Alianza quería que las más ricas de éstas permaneciesen en poder de Turquía, al paso que la Triple Intelligencia opinaba que todas debían pasar a poder de Grecia, que en buena lid las había conquistado. El gobierno heleno, a su vez, declaró por boca de su primer ministro Sr. Venizelos, presidente de la delegación griega en la conferencia, que no cabe más solución que la que proponen los aliados, es decir, que se impone la anexión de las islas a Grecia, por ser esta anexión conforme con los resultados de la guerra, por reclamarla el principio de las nacionalidades y por responder al interés bien entendido de las grandes potencias y aun de la misma Turquía, ya que de continuar bajo la soberanía de ésta serían otros tantos focos de agitaciones secesionistas continuas.

Pero, como antes decimos, se encontró la fórmula de acuerdo y ésta quedó incluida en la nota colectiva que las potencias resolvieron enviar a Constantinopla.

En esta nota, que de un momento a otro será entregada al gobierno turco, las potencias expresan su deseo de que no continúe la guerra; señalan la responsabilidad que entrañará para la Puerta la reanudación de las hostilidades provocada por ella y que quizás encendería la guerra en otros puntos de Turquía; hablan del concurso eventual que podrían ellas prestar al imperio para su reorganización y que una

actitud intransigente de su parte haría más difícil, y terminan aconsejando a la Puerta que ceda en la cuestión de Andrinópolis y que en cuanto a las islas del mar Egeo se confie a los gobiernos de las grandes potencias.

para apoyar sus gestiones diplomáticas ha movilizad su ejército y amenaza con tomarse por la fuerza lo que no se le dé de buen grado.

Como es de suponer, Bulgaria se resiste a tan inusitadas exigencias y preciso es confesar que la opinión unánime censura duramente a los rumanos por haber promovido tal conflicto en las actuales circunstancias y por querer obtener un botín sin haber hecho de su parte esfuerzo ni sacrificio alguno para conquistarlo.

Si la neutralidad, dicen con razón los búlgaros, hubiese de pagarse al precio que Rumanía reclama, el mismo derecho que ésta tendrían las demás potencias para exigir compensaciones. Esto aparte del mal efecto que produce ver que un Estado cristiano promueva en ocasión tan crítica a otro Estado cristiano una dificultad que puede ser de gravísima trascendencia para toda Europa y que sólo ha de redundar en favor de la Puerta.

En los centros diplomáticos se confía, sin embargo, en que el conflicto rumano-búlgaro se arreglará satisfactoriamente, y en este caso es muy probable que Turquía acabe por aceptar la nota de las potencias. — R.



En Macedonia. — El tsar de Bulgaria en las ruinas de la fortaleza de Cavala, la antigua Neópolis de Filipo y Alejandro actualmente en poder de los búlgaros. (Fot. Chusseau-Flaviens.)

¿Qué caso hará Turquía de esta nota? Si hemos de juzgar por lo que dicen sus delegados en Londres, ninguno; el gobierno turco se mostrará intransigente en los dos puntos respecto de los cuales se ha negado hasta ahora a hacer concesión alguna.

Respondiendo de antemano a esta actitud, los delegados balkánicos han acordado que al mismo tiempo que las potencias entregarían su nota a Turquía los gobiernos aliados enviarían a ésta otra nota declarando rotas las negociaciones de la paz y a los comandantes de los ejércitos en campaña la orden de que considerasen terminado el armisticio. Estas notas de los Estados balkánicos no habrán de producir efecto sino en caso de que la Puerta se niegue a seguir los consejos de las potencias.

La intransigencia de Turquía puede tener su explicación en la aparición de un factor nuevo en el conflicto de Oriente. En efecto, Rumanía, sin esperar el resultado definitivo de las negociaciones de paz, exige de Bulgaria la cesión de algunos territorios, como pago de su neutralidad durante la guerra; y

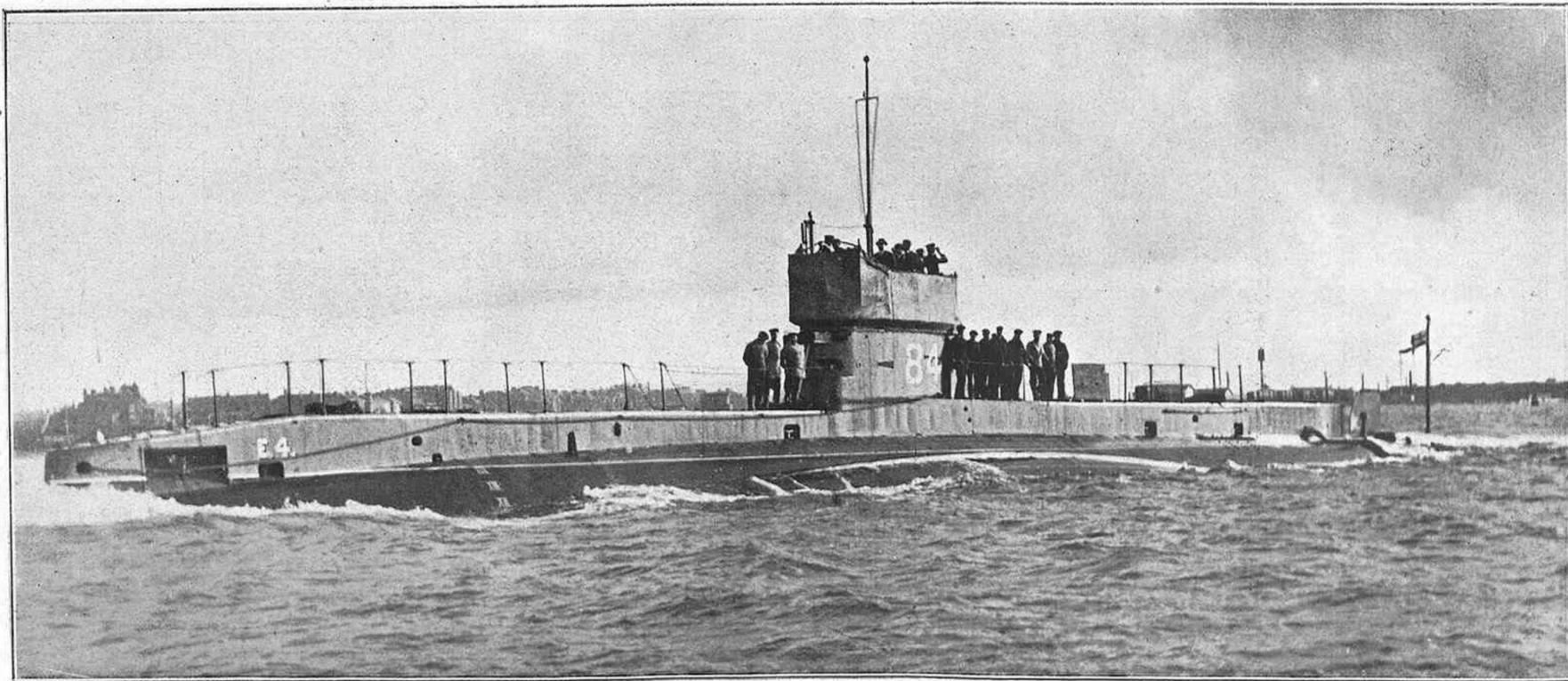
## UN NUEVO SUBMARINO

## DE LA ARMADA INGLESA

Inglatera, siguiendo su política tradicional, que consiste en conservar a todo trance la supremacía en el mar, no perdona medio alguno de mantener sus fuerzas navales a la altura a que desde hace tiempo ha logrado colocarla.

De aquí que continuamente salgan de sus arsenales nuevos buques de guerra de todos los tipos, desde los poderosos *dreadnoughts*, inmensas fortalezas flotantes, hasta los rápidos torpederos y los terribles submarinos.

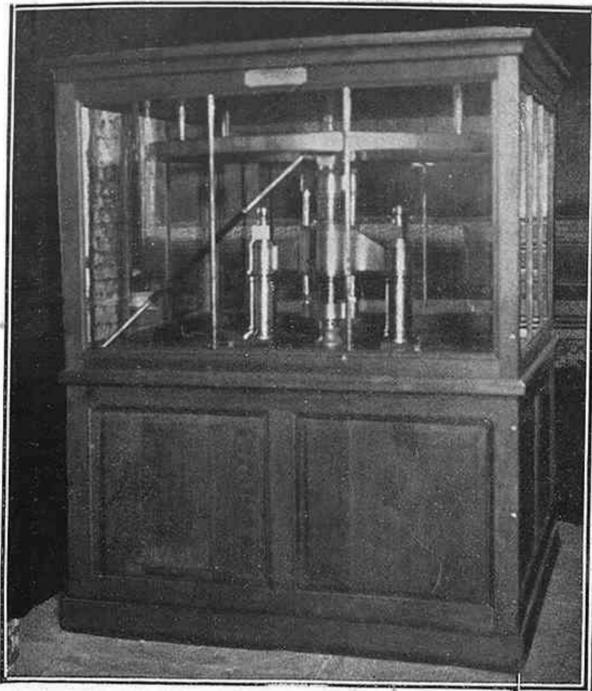
De estos últimos ha construido una nueva serie, llamada E, cuyas unidades serán las más grandes en su género y estarán mejor acondicionados que todos los de su clase hasta ahora construidos. Estos nuevos submarinos llevan dos cañones y cinco tubos lanzatorpedos.



El submarino E 4 de la nueva serie E recientemente construída para la marina de guerra inglesa (De fotografía de Carlos Trampus.)

VERSALLES

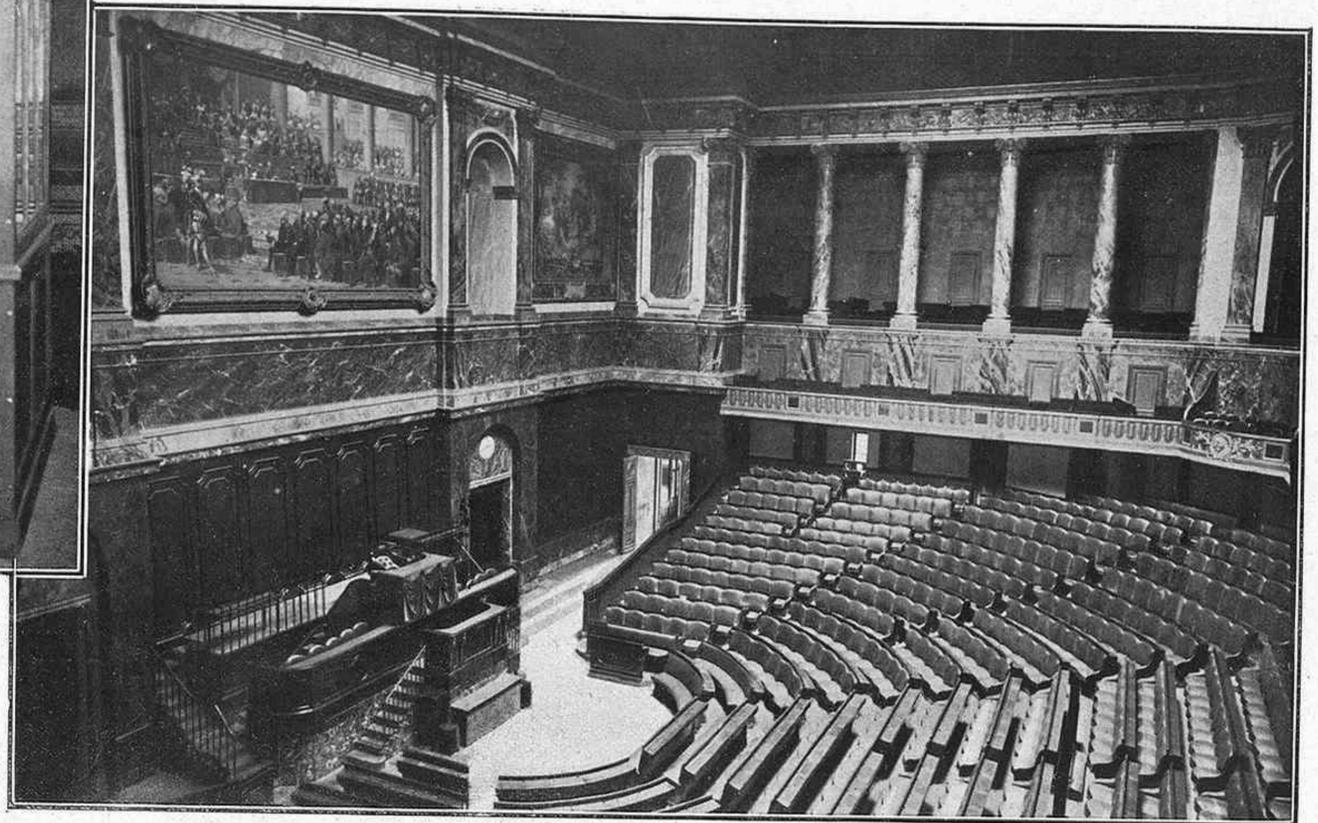
ELECCIÓN DEL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA FRANCESA



El sello nacional que se pone en el pergamino que se transcribe el acta de la elección del nuevo presidente de la República. (Fot. Branger.)

En el momento de entrar en máquina el presente número, se está celebrando en Versalles la Asamblea convocada para la elección del presidente de la República francesa que ha de suceder al Sr. Fallieres, cuyo mandato termina en 17 de febrero próximo.

Hasta hace pocas semanas esta elección apenas parecía preocupar a los políticos franceses; ni siquiera se sabía quiénes presentarían su candidatura. Pero de pronto, a aquella indiferencia sucedió una verdadera agitación, suscitándose empeñada lucha entre los partidos

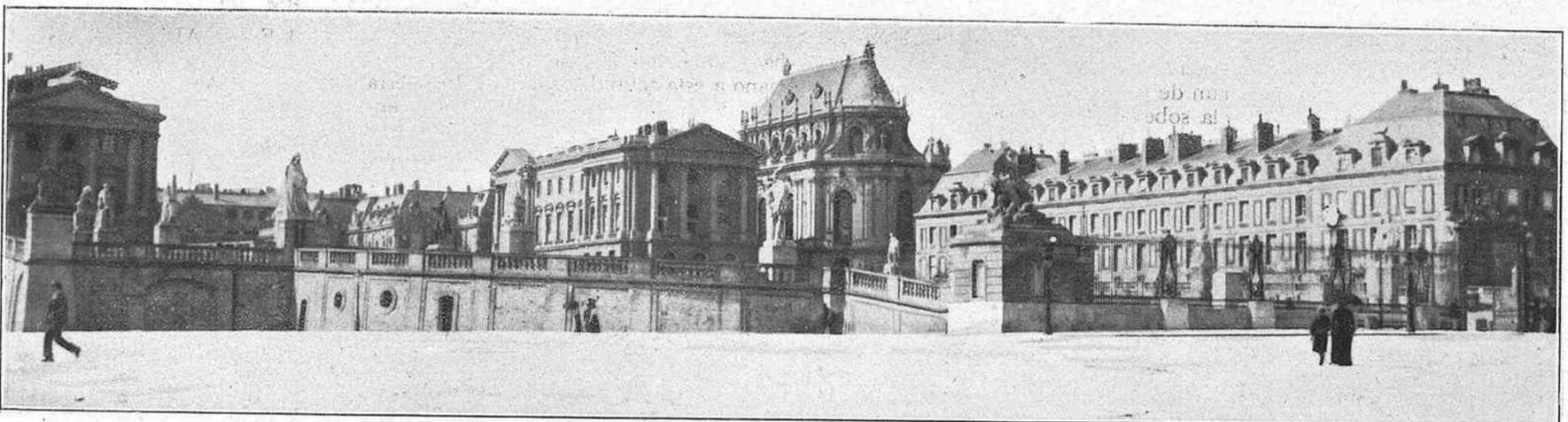


Vista del salón del palacio de Versalles en donde se efectúa la elección de presidente de la República (De fotografía de Harlingue.)

tuvo 323 votos y el Sr. Poincaré 209.

Como se ve, cuando escribimos estas notas, la lucha está

La Asamblea, que se compone de 300 senadores y 591 diputados, se celebra en el salón de sesiones del histórico palacio



Vista del palacio de Versalles en donde se reúne la asamblea convocada para la elección del presidente de la República (De fotografía de Chuseau-Flaviens.)

para lograr el triunfo de sus respectivos representantes y surgiendo como aspirantes a la elevada magistratura los señores Poincaré, Ribot, Deschanel, Dubost, Pams, Dupuy, Combes y Vaillant.

Los grupos de las izquierdas reunidos en el palacio del Luxemburgo, procedieron a una antevotación que les sirviera de orientación para la elección definitiva, y el resultado de esta antevotación, en el primer escrutinio, fué: Poincaré 180 votos, Pams 174, Dubost 107, Deschanel 83, Ribot 52, Dupuy 22 y Delcassé 7. Como ninguno de los candidatos reunía mayoría absoluta, procedióse a un segundo escrutinio, pero antes de procederse a éste celebráronse varias conferencias de las que resultó que el Sr. Dubost se retiró de la lucha aconsejando a sus amigos que votasen al Sr. Pams; que el grupo de la unión republicana se decidió por el Sr. Poincaré, y que el Sr. Ribot manifestó que no lucharía en aquel segundo escrutinio, pero que se reservaba su libertad de acción para la asamblea de Versalles.

En la segunda votación, obtuvieron: Pams 283 votos, Poincaré 272, Ribot 25, Duchanel 22, Dubost 8, Dupuy 7 y Delcassé 3.

En vista de este resultado indeciso, reuniéronse nuevamente las izquierdas y, efectuado un tercer escrutinio, el Sr. Pams

circunscrita a estos dos candidatos, ninguno de los cuales quiere ceder en favor del otro, si bien el Sr. Poincaré ha declarado

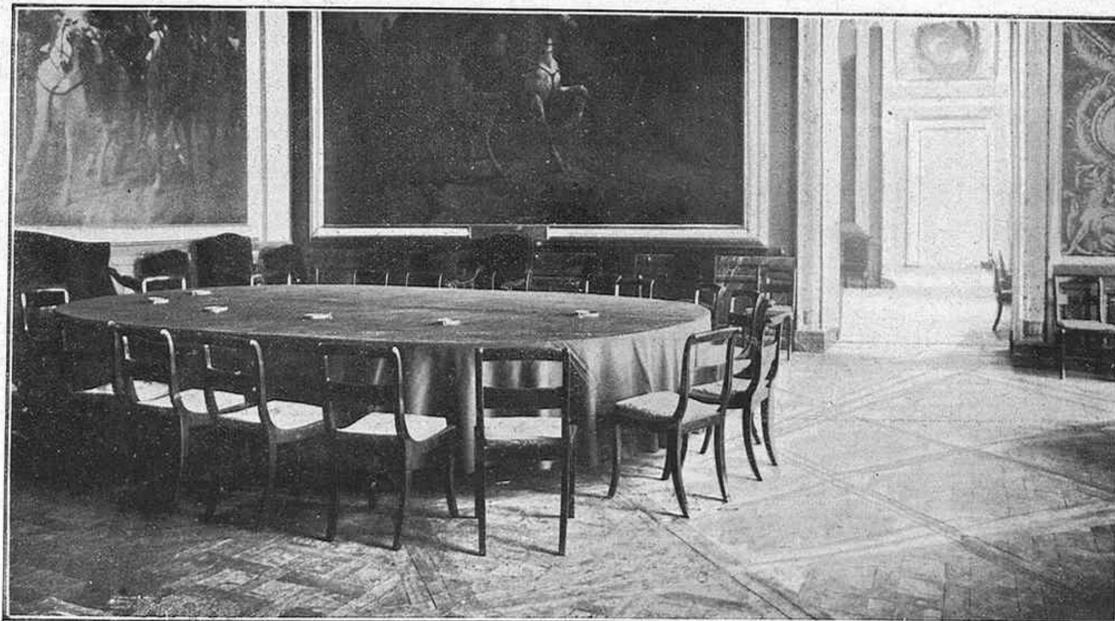
de Versalles y en ella no puede deliberarse ni usar de la palabra para nada que no sea referente a la votación.

La elección es secreta y se hace por papeletas que se entregan bajo sobre. El escrutinio se efectúa en la sala Marengo, en donde se colocan doce mesas para los escrutadores que la asamblea designa y que son los encargados de proceder al recuento de votos.

Junto a este salón está el despacho del presidente de la Asamblea que es lujosísimo y en el que el nuevo Presidente de la República recibe los cumplidos y las felicitaciones en cuanto se conoce el resultado definitivo de la votación.

Uno de los objetos curiosos que sólo se emplea en el acto de elección de Presidente de la República es el llamado «sello nacional» consistente en una máquina de regulares dimensiones con la que se estampina el sello en seco en el pergamino en que se transcribe el acta de la elección.

Desde la elección del primer presidente de la República francesa, que fué el señor Thiers, la Asamblea de Versalles se ha reunido siete veces, habiendo sido elegidos sucesivamente el general Mac Mahón, en 1873; Grevy, en 1879; otra vez Grevy, en 1885; Sadi Carnot, en 1887; Perier, en 1894; Faure, en 1895; Loubet, en 1899; y Fallieres, en 1906.



Sala en donde se efectúa el escrutinio de la elección de presidente de la República (De fotografía de M. Branger.)

que retiraría su candidatura si consentía en presentar la suya el Sr. Bourgeois.

Carnot, en 1887; Perier, en 1894; Faure, en 1895; Loubet, en 1899; y Fallieres, en 1906.

BARCELONA. SALÓN PARÉS. - EXPOSICIÓN DE LA SOCIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA



A LA VERA DEL QUERER

cuadro de Martí y Garcés

BARCELONA. SALÓN PARÉS. - EXPOSICIÓN DE LA SOCIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA



EL BAÑO

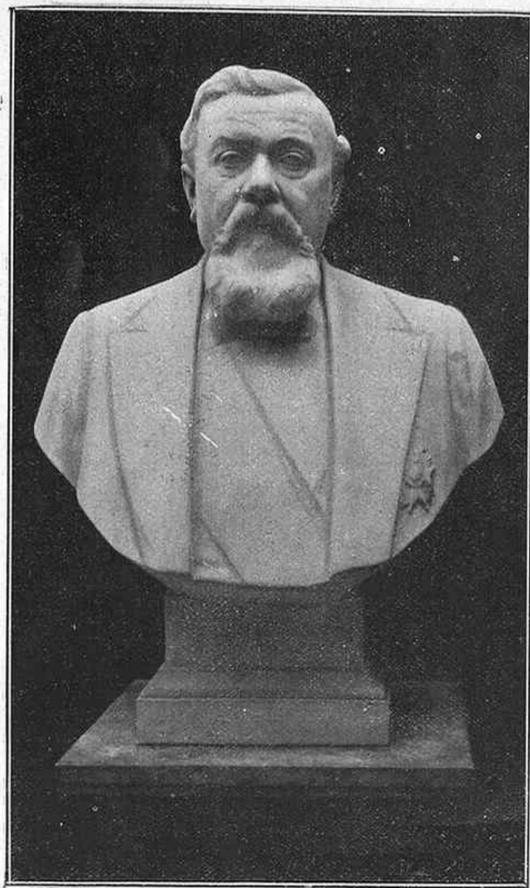
cuadro de José M.ª Tamburini

**BUSTO DEL SR. FALLIERES**

Es costumbre tradicional en Francia, desde que se implantó allí la tercera república, que cada presidente, antes de la expiración de su mandato, entregue a todos los miembros del gobierno su retrato en fotografía con la correspondiente dedicación.

El presidente actual, Sr. Fallieres, que cesará en el próximo mes de febrero en el desempeño de las altas funciones que ha ejercido durante siete años, ha continuado la tradición, pero modificándola. En efecto, en vez de fotografía ha regalado a cada uno de los individuos que constituyen el actual gabinete un busto, cuya ejecución ha encargado a la célebre manufactura de porcelana de Sevres.

El busto ha sido modelado por el celebrado escultor señor Carlés y ha sido reproducido en *biscuit*. Del exacto parecido con el original podrá juzgarse viendo el adjunto grabado y recordando la fisonomía y el tipo del Sr. Fallieres, que en mil ocasiones ha popularizado el reporterismo fotográfico.



**Busto del Sr. Fallieres**, modelado por Carlés y ejecutado en la célebre manufactura de Sevres. - El Sr. Fallieres, antes de expirar su mandato presidencial, ha regalado ejemplares de este busto a todos los miembros del gobierno francés. (De fotografía de Carlos Delius.)

**BARCELONA. EXPOSICION DE «ARTS Y ARTISTES» EN EL SALÓN DEL FAYANS CATALÁ**

La agrupación denominada *Arts y Artistes* celebra actualmente su exposición anual en el Fayans Catalá. Entre las obras expuestas llaman en primer término la atención los poéticos paisajes de Ibo Pascual y de Francisco Vayreda, las notas de color de Joaquín Mir, el *Gitanillo* y las naturalezas muertas de Ricardo Canals, los frescos de Torres García, los aguafuertes de Javier Nogués, los estudios de Domingo Carles, el pai-



**Barcelona. - Grupo de artistas que forman la asociación «Arts y Artistes», que actualmente celebra una exposición en el Salón del Fayans Catalá.** - 1. Sr. Mallol; 2. Sr. Canals; 3. Sr. Segura; 4. Sr. Pascual; 5. Sr. Vayreda; 6. Sr. Monegal; 7. Sr. Labarta; 8. Sr. Carles; 9. Sr. Colom. (De fotografía de A. Merletti.)

saje y la naturaleza muerta de J. Colom y las esculturas de J. Borrrell Nicolau y Esteban Monegal. Exponen también obras recomendables F. Elías, Ignacio Mallol y Francisco Labarta.

**RETRATO DE S. A. R. LA INFANTA DOÑA ISABEL**

En uno de los salones del Banco Hipotecario, de Madrid, ha estado recientemente expuesto este retrato, del que han he-



**Retrato de S. A. R. la infanta Doña Isabel**, pintado por Manuel Benedito por encargo del Excmo. Sr. Marqués de Comillas para uno de los nuevos buques de la Compañía Transatlántica. (De fotografía.)

cho grandes y justas alabanzas los numerosos críticos, artistas y aficionados que acudieron a admirarlo.

La obra del Sr. Benedito es notable bajo todos conceptos, así por la exactitud del parecido como por lo castizo del colorido y lo irreprochable de la factura, y justifica una vez más la fama que como retratista se ha conquistado el celebrado pintor valenciano.

Bien conocidas son las dificultades que este género de pintura ofrece a los artistas; pero Benedito ha sabido vencerlas con tanta habilidad como talento en los muchos retratos que ha pintado y muy especialmente en este de Su Alteza que adjunto reproducimos.

La figura de la infanta Isabel aparece llena de majestad y se destaca sobre un cortinón de damasco que, recogido por un lado, deja entrever en el fondo una parte de los jardines de la Granja. Viste la augusta dama elegante traje de corte de color gris perla, cruza su pecho la banda de María Luisa y ostenta algunas de las condecoraciones que posee. En la garganta luce un collar de perlas y sobre sus blancos cabellos una magnífica diadema. En un ángulo del lienzo se ve una cartela con las armas de la Real familia.

La combinación de colores y los efectos de luz constituyen un gran acierto, como lo constituye también toda la obra en conjunto.

Pintó este retrato el Sr. Benedito durante el pasado verano en La Granja, cuando la Infanta acababa de regresar de su viaje en automóvil por Valencia, Cataluña y Aragón, y en él

copió el pincel del artista el rostro de Su Alteza con el color moreno que en él dejaron el sol y los aires de la sierra, con lo cual nada ha perdido el semblante de Doña Isabel de su grata y simpática expresión.

El retrato ha sido ejecutado por encargo del Excelentísimo señor marqués de Comillas y está destinado a uno de los nuevos buques de la Compañía Transatlántica.

Antes de ser expuesta en el Banco Hipotecario, la obra del Sr. Benedito fué admirada por la Real familia en palacio, adonde la envió la infanta Isabel, habiendo merecido los más entusiastas elogios de Sus Majestades y Altezas.

**EL NUEVO MINISTRO DE MÉXICO EN MADRID**

El día 9 de este mes celebróse, con la solemnidad de costumbre, en el Palacio Real de Madrid la presentación de las cartas credenciales del nuevo ministro de México en España D. Francisco A. de Icaza.

En un coche de los llamados de París se trasladó el ministro al Regio Alcázar acompañado del primer introductor de embajadores y del secretario de la legación mexicana.

El Sr. Icaza vestía el uniforme de diplomático y cruzaba su pecho la banda de Isabel la Católica.

El ministro y sus acompañantes subieron por la escalera principal dirigiéndose a la antecámara, en donde los esperaba ya Su Majestad el Rey, a quien acompañaban el ministro de Estado Sr. Navarro-Reverter, el marqués de Viana, el jefe de la casa militar del Rey, general Sánchez Gómez, el marqués de Castelar, grande de España de guardia, el oficial mayor de alabarderos y el ayudante de servicio.

El Sr. Icaza hizo entrega a Su Majestad, en la forma de costumbre, de las cartas que le acreditan como representante de su gobierno cerca del Rey de España, cambiándose entre el monarca y el nuevo ministro frases de afecto para ambas naciones.

El Sr. Icaza, procedente de Berlín, en donde hasta ahora ha representado a su país, llegó a Madrid a fines del pasado diciembre, acompañado de su bella y distinguida esposa.

La presencia de este ilustre diplomático y poeta en la corte ha sido acogida con gran satisfacción por la alta sociedad madrileña, en la que los señores de Icaza se habían conquistado en anteriores ocasiones grandes simpatías.

El nuevo ministro de México profesa gran cariño a nuestra nación y esto hace esperar que su labor contribuirá a estrechar los lazos de afecto entre ambos países.



**El nuevo ministro de México en España don Francisco de A. Icaza y el personal de la legación.** (De fotografía de Asenjo y Salazar.)

# LOS TERRORES DEL RADIO

NOVELA ORIGINAL DE ALBERTO DÓRRINGTON. - ILUSTRACIONES DE A. C. MICHAEL. (CONTINUACIÓN.)

Después prosiguió con convencimiento:

- El hospital es el mejor sitio para ti ahora, Rény. Los médicos harán cuanto puedan. Además, no hay otro recurso; o al hospital o a tu casa. Pero creo que no debes ir a casa mientras en los hospitales no te desahucien.

Gifford levantó la cabeza con la rapidez de un caballo fustigado y dijo bruscamente:

- Aun nos queda la señora Messonier... ¡Quién sabe! Uno no puede decir nunca...

- ¡Una charlatana!, exclamó Tóny. ¡Me apostaría cualquier cosa que no tiene tan siquiera un diploma para envanecerse y justificar su profesión.

- Pues yo no quiero ir al hospital, insistió Gifford. Está lleno de ciegos, en sus paredes se esconden fantasmas de muerte. Me encontraría allí con otras almas ciegas como yo... ¡Quiero ir a ver la Messonier, Tóny!

Háckett pronunció un reniego entre dientes y dijo al chofer:

- Instituto Messonier, calle Húntingdon, número 11. Veremos qué pinta tiene esa señora.

## IV

El Instituto Messonier estaba emplazado frente al oscuro edificio del viejo hospital, de modo que la blancura de su fachada resaltaba de un modo notable. En sus espaciosas salas de consulta había tapices de terciopelo color verdemar y amatista. Un criado de librea introdujo la tarjeta de Rénywick pasando por un laberinto de habitaciones con paineles de espejo y volvió para notificar a los detectives que las horas de consulta eran las primeras de la mañana.

- Sírvase usted informar a la señora que vengo recomendado por el doctor Tsarka.

Partió otra vez el criado a través de aquellas salas dejando a Gifford en nerviosa expectación.

- Esta mujer Messonier, murmuró Tónny Háckett, es digna de observación. Si tiene alguna conexión con el Dr. Tsarka podremos echar el guante a éste.

Gifford suspiró hastiado. En él sólo había entonces un pensamiento: salir de entre los gigantes muros de la obscuridad a la luz del día para ser una entidad viviente y no una mole humana.

El criado volvió más cortés, pero aun riguroso:

- La señora está haciendo en estos momentos un experimento sobre el radiomagnetismo y le es imposible recibirlos hasta dentro de una hora.

- Postinosa y arrogante, rugió Háckett. Si fuésemos dos duques me apuesto cualquier cosa a que vendría en aeroplano. ¡Que el demonio se lleve a todas las doctoras!

Rénywick no contestó porque estaba absorto en las probabilidades que habría para él de recobrar la vista. En el silencio que siguió a sus palabras, Háckett contempló admirado la maravillosa tapicería de la sala de consultas cuyo techo sostenían varias elegantes y blancas columnas. En la espaciosa entrada había todo un tesoro en piedra hermosísima tallada. Sobre las blancas y esmaltadas puertas entre un tejido espléndido de tallado, se erguía una magnífica escultura de Cristo que extendía las manos sobre la figura de un hombre desnudo y ciego.

Sorprendióle a Háckett la mezcolanza de símbolos cristianos e indostanos que pululaban entre los modelados y en los frescos. Sobre las anchurosas escaleras que conducían a las habitaciones privadas de

madama Messonier había relieves de yeso e imágenes de las divinidades indas Ganeesh y Siva. Una estatua de bronce verde representando a Buda hacia frente grotescamente a la imagen de Cristo del tramo de la entrada.

Sólo un avezado observador podía notar los notables contrastes en aquel conjunto arquitectónico y en el diseño de los adornos y dibujos. Y Tóny



... a pesar del abrazo que le unía a su viejecita se sentía separado de ella

Háckett, que poseía una inteligencia y un poder imaginativo mayor que el promedio de los detectives, se maravilló ante los fantásticos grupos de las deidades indas y cristianas. Parecía como si una inteligencia oriental hubiese trazado los planos del Instituto Messonier.

La señora estuvo por fin dispuesta a recibirlos. Tóny tomó del brazo a su compañero y ambos siguieron al criado a un espacioso salón de operaciones. Háckett había esperado encontrarse con una mujer cuyo solo aspecto reflejase el deslumbrante embaimiento de cuanto la rodeaba; pero se halló en presencia de una dama de blanco cabello y brillantes ojos, y de un rostro y unas manos verdaderamente infantiles. Su rostro fué lo que llamó la atención al detective y lo que le sorprendió poniendo en guardia su entendimiento.

«Por qué lleva esta señorita el cabello blanco, se

preguntó. Estoy cierto de que su cabello es rubio o castaño. Una mujer se puede poner más años tiéndose el pelo, pero los ojos no se los puede teñir y es difícil los oculte.»

Los de la señora Messonier revelaban el esplendor de los veinte años. Con varios artificios de tocador y recursos de modista casi había conseguido tener el aspecto de una viuda.

Su mirada, con infalible instinto, pasó de Háckett a Rénywick.

- ¿Desea usted consultarme?

Hablaba con su mano diestra apoyada ligeramente en el respaldo de un sillón giratorio inclinado adelante hacia un retinoscopio de extravagante forma.

- El Dr. Tsarka, respondió tranquilamente Rénywick, me ha aconsejado viese a usted.

- ¡El Dr. Tsarka!

Repitió el nombre como quien pretende recordar algún conocido olvidado y añadió por fin:

- Es difícil recordar estos nombres. La gente va y viene...

- Los especialistas neurálgicos japoneses, indicó Rénywick, son raros aún en Londres. Pero quizás no importa.

- ¡Un japonés!

La señora Messonier levantó la diestra del respaldo y sonrió como recordando:

- Sí, sufrió una vez una lesión muy grave por la explosión de una bombilla recalentada en demersia. Es muy liasonjera que le recuerdas a una personas tan distinguidas.

- Yo me acordaré también de usted si recobro la vista, señora, dijo Rénywick con la cabeza levantada.

- ¿Ha ido usted a ver algún médico? Sus ojos examinaron el rostro ciego, las facciones correctas, la boca juvenil.

- A Sir Floyd Garston. No me ha dado esperanza alguna.

- Lo mismo habría sacado usted yendo a las Pirámides, repuso la doctora.

A una señal de ésta, Tóny guió a Rénywick hasta la silla, y sentándose cuidadosamente retiróse a respetuosa distancia.

Rénywick percibió una grave presión sobre sus ojos como si el oftalmoscopio de bordes argénteos que le aplicaba la especialista buscara algo en las entrañas de su cerebro. Sus nervios vibraron bajo la presión. Una aguja de luz pareció penetrar en el fondo de su retina. La luz apagóse vivamente y él oyó la voz de la oculista, que le pareció sonar muy lejos.

- La cura costará a usted doscientas guineas (mil dólares). Emplearé con usted algunas semanas, tal vez un mes. Se habrán de hacer ciertas extraccio-

nes por un procedimiento radiomagnético.

Rénywick medio inclinado en la silla tartamudeó:

- Dis... dispense usted... ¿Ha dicho usted guineas?

- Doscientas, replicó friamente.

- Oh, yo no puedo pagar semejante cantidad, fué lo único que pudo responder Rénywick.

- Entonces hemos terminado; buenos días.

Estupefacto por sus palabras escuchó el ruido apagado de sus pies al alejarse sobre la alfombra, y entonces, levantado de su asiento, la llamó con voz desesperada:

- ¡Señora, si cree usted que hay esperanza yo podría reunir esa suma dentro de un mes!

La oculista se detuvo en la puerta y repuso agríamente.

- Si no hubiese esperanza, más aún, seguridad de curarle, ¿cree usted que le habría pedido esa cantidad?

— Oh perdón, señora Messonier. Únicamente deseo ser franco con usted. Esa suma es colosal, enorme para mí, pero... Y se detuvo, con sus ojos helados en dirección de la doctora que le respondió al punto de una manera positivamente comercial:

— Mr. Rénwick, en cirugía oftalmológica no debe usted esperar un milagro por media guinea. No está usted desahuciado. Sufre usted un envenenamiento por el radio.

Y volviéndose sonriente a Tóny añadió:

— Puede usted traer a Mr. Rénwick a esta su casa en el término de dos días. Transcurrido ese plazo (y dijo estas palabras pausadamente mirando a Hákett), no respondo de las consecuencias.

El pequeño detective dió un suspiro e insinuó patéticamente:

— ¡Doscientas guineas! Señora, considere usted...  
— Muy buenos días.

Tóny se quedó atónito mirándola cómo desaparecía por la escalinata que conducía a sus habitaciones privadas.

— Rénwick, el negocio de los especialistas sobrepuja a toda suerte de juego. O das dinero o te dejan morir. ¡Señor, yo pensaba que había algunos ángeles en la profesión médica! Hasta aquí empero no hemos encontrado más que ignorantes y pillos, añadió en voz baja.

El criado los invitó a salir con una fría formalidad que crispó a Tóny los nervios. Para Gifford la situación estaba atestada de inmensos terrores. En la breve consulta y en el examen que de sus ojos hizo la señora Messonier había sentido algo que le había convencido de su ciencia y de su poder. Un charlatán hubiese especulado con él, hubiese aceptado cincuenta guineas antes de declararlo incurable.

Jamás habíase dado cuenta de la inmensa distancia que separa a la mayor parte de los hombres de poseer mil duros. Con anterioridad a aquella ocasión había considerado esta suma como una bagatela. Los prestamistas no son todos unos estafadores. Y un joven, desempeñando un cargo regular en la ciudad, podría en las circunstancias normales negociar un empréstito de doscientas a trescientas libras a un interés razonable.

Teniendo en cuenta el veredicto de Sir Floyd Garston, no podía pedir a su jefe Coleman que le anticipase la suma exigida por la señora Messonier. Antonio Coleman seguiría el parecer de Sir Garston e insistiría para que ingresase en un hospital. Pero Gifford sentía aversión profunda hacia estos establecimientos, fuera de que en su enfermedad había algo que requería un tratamiento urgente.

La señora Messonier había diagnosticado los síntomas de su ceguera en los precisos términos que Teroni Tsarka se los había dado a conocer a él. Ella le había dicho que poniéndose en cura dentro de dos días sanaría. También podría ser una soca para hacer dinero, pensaba, pero mirándolo bien, los directores de un Instituto tan magnífico no era posible se atreviesen a pasar por petardistas u otra cosa peor.

Cuando se sentó de nuevo en el auto una gota de sudor le cayó de la frente.

— Tengo que procurarme esas doscientas libras; Hartman & Isaacs me las dejarán al veinte por ciento. ¿Me oyes, Tóny? ¡He de sacar ese dinero aunque sea de bajo tierra,

— Querido Rénny, la casa Hartman & Isaacs no harán contigo transacción alguna. Hazte cargo de la situación. Si es que tu vista se pierde para siempre, ¿cómo podrías devolverles el dinero? Antes de dejarte un céntimo tomarán todos los informes posibles sobre tu porvenir. Ningún prestamista anticipó cantidades para beneficio de un especialista charlatán.

— ¿Crees que lo es la señora Messonier, Tóny?

— Mira chico, yo la he visto y tú no. Es una actriz de primera fuerza. La misma Bernhardt no hubiese representado mejor su papel. ¡Es una farsante consumada!

— Tú no puedes entender, insistió Rénwick, cómo ha dado realmente en el blanco de mi verdadero mal. Ha dicho claramente que mis nervios estaban envenenados por el radio. Ha hablado de extraer la materia venenosa mediante el radiomagnetismo. En una palabra, la mitad de los doctores londinenses no entenderían jota de lo que ella ha significado. Teroni Tsarka dijo que ella me curaría y yo lo creo.

— ¡Bravo, Rénny! Ve esta noche a casa y duerme; necesitas descanso. Yo haré lo posible para reunir el dinero. ¿Quieres ir a casa?

Gifford se retorció en su asiento. Sabía que su bondadoso amigo vendería o hipotecaría todos sus objetos de valor para ayudarlo. Y Tóny tenía mujer e hijos que no contaban sino con su modesto sueldo.

— Mira, Tóny; no te preocupes con este asunto. Me acuerdo que en casa debe de haber unas accio-

nes de minas que mi tía Clara me compró. A la cotización actual valen más de doscientas libras. Lo curioso es que no me haya acordado antes de ello.

Tóny respiró con más facilidad al oír esta noticia, aunque se maravilló de que Gifford no le hubiese mencionado nunca anteriormente estas acciones de minas. En la estación de Waterlóo tomó dos billetes para Twickenham, donde en una casita encarnada de ladrillo y junto al río vivía la señora viuda de Rénwick, madre de Gifford.

Llegados al pintoresco y antiguo pueblo descendieron por una calzada bordeada de setos donde las tempranas flores primaverales se asomaban medrosas desde las musgosas paredes y vallas de los jardines.

Unas cuantas nubes proyectaban sus sombras sobre los distantes campos; pero, cuando ellos llegaban al extremo de la calzada, el sol las había vencido y derramaba torrentes de dorada luz sobre los campos y la carretera.

De una escuela cercana les llegaron las voces de los niños, y por dondequiera pasaban asaltaban a Gifford una porción de sonidos familiares que llevaban consigo el recuerdo de los días infantiles.

— ¡Qué vuelta al hogar más mísera! Sólo hacía unos días que había recorrido aquella carretera hacia la estación con la alegría vibrante en todo su ser. Y ahora, por uno de esos golpes aciagos, le llevaban de un lugar a otro como un ciego pordiosero.

Tóny procuraba animarle con palabras alegres, que al penetrar en los oídos de Gifford perdían toda la vida y animación. Sólo faltaban dos días y en este tiempo había de reunir el dinero que le librase de aquella prisión tenebrosa de la ceguera. ¡Sólo dos breves días! En el silencio de su interior, interrumpido sólo por el violento palpitar de su corazón, se iba diciendo Rénwick que no podía permitir se sacrificase su compañero ni se empeñase por él. Tóny tenía una esposa de rostro apacible, de constitución débil; y, además, sus hijos sufrirían la estrechez si él permitía que su padre contrajese deudas por causa suya. Después de una madura reflexión Gifford sintió una alegría interior al ver que Tóny no le había pedido explicaciones sobre la historia de las acciones de minas.

En la puerta de la casita Hákett estrechó su mano calurosamente.

— Adiós, Rénny. Pronto sabrás de mí; quizás mañana. Ten fe en la señora Messonier; la fe hace mover las montañas.

Y volviéndose a la estación del ferrocarril persuadido de que obraba con prudencia dejando que el encuentro de la madre y del hijo tuviese lugar a solas.

Gifford abrió con trabajo la puerta del jardincillo, que había abierto siempre al más ligero impulso. Una voz le llamaba desde el pórtico cubierto de hiedra, la voz que le había canturreado y cantado desde la cuna hasta los días de su adolescencia, la voz que ahora le llegaba hasta lo más hondo de su ser, a él que lejos de correr hacia ella permanecía allí, clavado en la entrada del jardín, con la cabeza inclinada.

— ¿Cómo, eres tú? Gifford... ¡Vienes más pronto de lo que esperaba!

La viejecita bajó prontamente del pórtico, pero se detuvo un momento para contemplar los hombros inclinados de su hijo, su contraída boca, sus manos caídas.

— ¡Gifford!, ¿estás malo?

Él se irguió instintivamente bajo la presión suave de las manos maternas y levantó vivamente la mano dando más energía a su afirmación:

— ¡Una pequeña desgracia, madre! Me han estropeado la vista con una substancia radioactiva... Es difícil de explicar..., ya ves, estaba haciendo una investigación...

Oyó la respiración más agitada de su madre, sintió su abrazo y hubo de apretar la boca para dominar la avenida de sollozos que del oprimido pecho le subían.

— Entremos, madre; si nos ve aquí la gente no sabrán qué es...

— ¿Pero es grave el mal, Gifford?

— Sí, lo cierto es que no veo nada. Mi jefe quiere enviarme a un hospital. Allí..., no; no hay que empeorar lo malo...

Gifford estrechó fuertemente entre sus brazos a su llorosa madre. La ceguera le parecía entonces espantosa porque a pesar del abrazo que le unía a su viejecita se sentía separado de ella, y nunca la había oído llorar de manera tan enternecedora y lastimosa.

— Madre, díjola bruscamente. No hemos de tomar la cosa tan en serio. Sólo se trata de doscientas guineas.

Ella le guió al interior de la casita como un pastor

guía una oveja herida al aprisco. ¿Era aquella figura dolorosa y sin vista la de su hijo? Le parecía increíble, monstruoso.

La casa resultaba ahora demasiado pequeña para los dedos palpantes de Gifford. En su deseo de tomar una silla para sentarse tiró por tierra varios objetos y rompió una bandeja con copas y vasos al extender su mano inadvertidamente.

— Nos habremos de acostumbrar a esto, madre, murmuró él mientras su viejecita recogía con la escoba los añicos de los vidrios. A no ser que un ángel baje del cielo trayéndonos la suma que pide la señora Messonier.

De las explicaciones incoherentes de su hijo la señora Rénwick comprendió vivamente lo trágico de la situación. Existía una señora especialista cuyo mágico saber y pericia oftalmológica sólo eran de provecho para los pacientes ricos que la visitaban. Todos los demás oculistas de Londres no podían nada en aquel caso. Las doscientas libras exigidas formaban una cantidad mucho mayor de la que ella podía haber soñado reunir durante su vida, y su mente pasó rápidamente revista a todos los recursos financieros con que podía contar para allegar la suma pedida por la señora Messonier.

Gifford, con el rostro apoyado entre las manos, la interrumpió en sus pensamientos.

— Aunque vendiésemos e hipotecásemos cuanto poseemos, madre, nunca podríamos reunir esa cantidad. Con todo, si desprecio el aviso de la señora Messonier, este veneno (tocóse al decir esto los ojos) me dejará ciego para siempre. Si yo lograra prestarme ese dinero, lo podría ir pagando al volver de nuevo al trabajo. Pero Hákett me ha asegurado que ningún prestamista de Londres deja dinero a enfermos ni a mujeres.

Detúvose un poco con el rostro vuelto hacia la ventana mientras sus dedos golpeaban nerviosamente los cristales, y añadió:

— Lo que agrava más el asunto, lo que más me apena es que no soy yo solo el que caigo; te arrastro a ti conmigo a la miseria...

— No, hijo mío; poniéndonos en lo peor, yo iré a casa de la señora Messonier y le pediré que se compadezca. Ah, hijo, no conoces las profundidades del corazón de la mujer. No te dejará sucumbir. Seguramente sentirá la voz de la humanidad. ¡Dios le ha dado un alma y ojos para que sienta y vea la desesperación de una viuda!

La señora Rénwick hizo una pausa en esta exclamación como una gamo herida junto a su cervatillo.

— ¡Me escuchará, Gifford. Solamente vió en ti un mero jovencuelo. No apelaste a su sentimiento, no le dijiste lo que tu ceguera significa para nosotros.

Gifford seguía silencioso, con la cabeza sujeta entre ambas manos. No podía decir a su madre que la señora Messonier era una persona puramente entregada al negocio y forrada de acero contra las súplicas de los pacientes pobres.

Después de todo, su sino no dependía de la defensa de una mujer, sino en el sí o en el no de un prestamista judío.

V

Después que Gifford hubo dejado el Instituto, la señora Messonier se retiró por un largo corredor de blancos paneles a sus habitaciones privadas. Al abrir la puerta de su recibimiento particular permaneció inmóvil, mirando algo fríamente, a una figurilla diminuta reclinada en un sillón.

— ¡Dr. Tsarka!

— Servidor de usted, Beatriz. Mi Panhard es casi tan rápido como el del ciego detective Rénwick. ¿No se alegra usted de verme?

Teroni Tsarka se irguió en su asiento moviendo la cabeza como un monigote de resorte y preguntó blandamente:

— ¿Qué le parece a usted ese joven de cara sacerdotal?

— Si se refiere usted, Dr. Tsarka, al joven que acaba de salir del Instituto, su mal es de los que requieren un tratamiento rápido. ¡Es terrible mirar con los brazos cruzados a quien se ahoga y pedirle oro, que no tiene, por salvarle!

En sus ojos se veían huellas recientes de lágrimas reprimidas, y en su voz se percibía un temblorcillo significativo de una pena ahogada.

Teroni Tsarka la contempló con un destello de asombro en sus ojos.

— He venido con gran riesgo para expresar mi simpatía por ese Rénwick, mi querida Beatriz. Por una desdichada casualidad ha caído víctima de mi socio Horubu cuando éste estaba haciendo un experimento en el laboratorio. Rénwick entró en mi casa sin permiso y debe sufrir las consecuencias.

Beatriz Messonier enrojeció hasta las sienes.  
 - Me parece que su amigo Horubu no se diferencia de un desalmado aventurero. ¡Qué violento!  
 - Rénwick entró en nuestra casa como un ladrón. No podemos consentir que estos detectives ingleses violen la intimidad de nuestra vida doméstica. No hay por qué tener piedad a Rénwick. Debemos seguir adelante con nuestra obra, Beatriz Messonier. Hemos de tener clientes, dinero.

El Dr. Tsarka manoseó con su petillera de plata y puso sus pies sobre el cojín junto a él. La señora Messonier pareció incapaz de hablar por un momento y luego dijo por fin:

- Soy su servidora; pero le aviso, doctor Tsarka, que me disgustan las inflexibles leyes que gobiernan este Instituto. Yo no seré cruel en favor de usted. Hombres y mujeres no han de salir de aquí llevando a sus caras la desesperación y humillación. Rénwick es el primero, él será el último.

Su vehemencia no era fingida. El doctor Tsarka vaciló un instante; se contrajo su boca, y sus pequeños pies se volvieron hacia arriba como las garras de un lobo.

- No está usted empleada para pensar por mí, respondió acerbamente; y no confunda usted este Instituto del Radio con un asilo de beneficencia. Yo no inauguro para curar a los menesterosos. Hemos de cobrar según las tarifas convenidas... ¡Debemos pagar nuestras cuentas!.

La señora Messonier estaba de pie a alguna distancia de él jugando con el encaje de su manga.

- En seis meses sólo me han visitado tres pacientes, Dr. Tsarka. Los dos primeros vinieron guiados por la curiosidad, para descubrir algo de mis métodos curativos, el tercero hace unos minutos que acaba de marcharse y, por lo que se me alcanza, no volverá más. Mujer como soy, no puedo menos de sentir curiosidad de saber por qué usted, o la compañía que usted representa, me emplean sin beneficio aparente para ustedes.

Y volviéndose hacia él casi ansiosamente con suplicante avidez reflejada en su voz, añadió:

- Hágame el favor de serme franco; dígame en confianza por qué sigue usted utilizando mis servicios como oculista cuando la gente se retrae del Instituto que yo presido, y mis colegas persisten en mirarme como una aventurera sin principios ni fundamentos científicos.

El diminuto doctor japonés la miró fríamente, y con voz que se descubría un tono irónico, repuso:

- Se le ha dado a usted, mi querida Beatriz, una residencia regia; el día último de cada mes se le paga religiosamente su sueldo, y todavía, como un individuo vulgar del sexo femenino, continúa usted haciendo preguntas. Aunque el hombre hiciese regalo a la mujer el mismo paraíso con todas sus celestiales maravillas, la mujer seguiría aún preguntando. ¡Por vida de! A veces me canso y mucho.

Beatriz Messonier había conocido al Dr. Tsarka hacía unos dos años en la universidad de Tokio. Durante los estudios de Beatriz el Dr. Tsarka había prestado una cátedra de neurología y le llamó la atención la sorprendente habilidad que demostró la señorita Messonier durante un experimento de cirugía oftálmica.

El interés que demostró Beatriz en la nueva teoría de los rayos Becquerel, como se aplican en la nueva escuela de la moderna oftalmología japonesa, había hecho que el catedrático nipón reparase en la Messonier, y aproximándose paulatinamente a ella, sobre todo con una marcada deferencia al tratarla, vino a saber que la joven de brillantes ojos era licenciada por una universidad americana. Sus padres vivían en Los Angeles y eran de origen francés. Imperceptiblemente había ido el Dr. Tsarka inculcándole sus extrañas teorías que apuntaban, solamente a la regeneración del humano pensamiento, en cuanto se relaciona con el arte de curar, hasta que la tuvo rendida y convencida, exaltada su joven alma ante los esplendores de una ciencia nueva.

No tardó Tsarka en descubrir el genio verdadero de la Messonier para el estudio de la oftalmología, y la eligió, para comunicarle todos sus saberes, entre todas las estudiantes, unidas, inglesas y americanas, de la universidad de Tokio. Donde otros muchos, no

ven más que fases esplendentes de los fenómenos naturales y aplican su limitado entendimiento a descubrir otros, Beatriz Messonier, con la astuciosa vista de un niño de talento, adivinó y se asimiló el nuevo pensamiento como alimento nutritivo con que acrecer y fortalecer la potencia de su mente.

El Dr. Tsarka era una notabilidad en oftalmología, y para Beatriz la oftalmología se había convertido en culto. El la enseñó el valor del rayo Z, ese excelso producto del radio que ha excitado la ira y la

copiosos extractos de su celeberrimo tratado sobre «Las fuentes generativas o génesis del Radio».

Beatriz Messonier no perdió el tiempo y se puso al punto en comunicación con su antiguo profesor. Expúsole su colocación ignominiosa en el establecimiento hidroterápico y el diminuto doctor japonés se airó terriblemente al saberlo. Dijo que los ingleses son maestros consumados en el arte de agarrotar a los hijos de los dioses. Inglaterra que se había mofado de Darwin, y había puesto en el pudriero de Santa Elena a Napoleón, había también relegado al genio de aquella joven a la esclavitud de un fogón y a confeccionar cataplasmas. No había la menor duda en que *John Bull* era un villano.

Beatriz se estremeció de gozo cuando recibió la carta. ¡Cómo se traslucía en ella el aprecio que el japonés hacía de sus cualidades! ¡Qué bondad la suya!

Se encontraron una tarde en la escalinata de la Real Sociedad, donde él la explicó sus planes de erigir un Instituto del Radio para los pacientes ricos incurables y para los que padecían afecciones oftálmicas que los tenían privados de la vista. Sus socios capitalistas eran media docena de japoneses entusiastas que creían ciegamente en las propiedades curativas de los rayos Z en todas las formas del dolor y enfermedad humanos.

Beatriz le había escuchado sin respirar. Aquella era su oportunidad para demostrar sus aptitudes en la profesión de la Medicina, aquella la ocasión de la tímida estudiante que se había quemado las cejas para adquirir el secreto del dios del radio. Con su conocimiento de las substancias radioactivas todo le era posible, curar a los ciegos y aun, tal vez, volver los muertos a la vida.

Un mes después de su encuentro comenzó la construcción del Instituto del Radio, y Beatriz lo vio concluir con algo de pavor religioso y veneración. Por último, cuando el Dr. Tsarka, en prueba de la admiración que sentía por las espléndidas dotes de la doctora, decidió añadir el apellido de ésta al nombre del Instituto, Beatriz sintió que había conquistado fama imperecedera.

En los meses que llevaba instalada en el Instituto Messonier, como su directora, ningún paciente habíase mostrado deseoso de probar su sistema de tratamiento. Los médicos, en general, prefirieron hacer el vacío a su lado. Sorprendida del inesperado cariz de los negocios había manifestado su asombro al Dr. Tsarka, pero aquel hombrecillo se rió de su impaciencia. Vendría el día, le dijo, en que Londres haría justicia a sus talentos y llenaría de pacientes sus salas de consulta.

Los meses y meses de espera no habían turbado su tranquilidad oriental y continuaba burlándose de la impacienta doctora, aconsejándola que, entretanto, no abandonase los experimentos, para que tuviese la mano diestra cuando llegase la hora de la necesidad.

El espiritual silencio del Instituto, no roto al cabo de largos meses de espera, había amenazado con desanimar a Beatriz Messonier. Esta conocía bien poco de la vida doméstica del Dr. Tsarka. Sabía que era viudo, con una hija llamada Pepio, a la cual profesaba el diminuto nipón muy tierno afecto. Sólo una vez había visitado Beatriz la residencia del doctor, y en aquella ocasión había encontrado en ella algunos jóvenes estudiantes de aspecto extraño. Un hombre, compañero inseparable del doctor Tsarka, Horubu, se le hizo antipático desde la primera vez que le vio. Ella estaba segura de que Horubu era el hombre que había ayudado al Dr. Tsarka a erigir el Instituto. Era hombre cuellorcorto y cabezorro, y en su mejilla izquierda se veía la cicatriz de una herida de arma de fuego. Vestido siempre de levita y con sombrero de copa, le había causado a la Messonier la impresión de ser un exmilitar que buscaba fortuna en Inglaterra. Beatriz sentía honda aversión por el bajo e insensible japonés. En toda su vida no pudo Beatriz desterrar de su mente la idea de que, en general, los japoneses sufrían de evolución incompleta y forzada. Desde luego, Teroni Tsarka era diferente.

La repentina aparición de Gifford había roto el hielo del silencio que amenazaba desmoronar el Instituto.

(Se continuará.)



- Haga el obsequio de recibir este dinero como préstamo

curiosidad de científicos alemanes e ingleses contra los *savants* de Tokio.

Tsarka había escogido para realizar su propaganda científica como un músico escoge un violín raro y hermoso. Ella respondía a sus pensamientos más ligeros, *ecoaba* y refinaba sus más abstrusas proclamas hasta que éstas se convertían en ley fija en el mundo de la química aplicada.

Habiendo salido de Tokio por indicación del doctor Tsarka, Messonier había hecho el viaje a Londres en compañía de otras jóvenes estudiantes inglesas y americanas con la esperanza de encontrar colocación en algún hospital de la ciudad. Pero la colocación soñada no parecía por ninguna parte. Sus diplomas americanos y japoneses eran mirados con contumelia por los especialistas de fama y por las Juntas de los hospitales. De todas partes despreciadas sus ofertas de servicios y sus méritos, se había visto obligada a ganarse el sustento empleándose de enfermera en un establecimiento hidroterápico público donde un trabajo rudo no la dejaba descansar durante diez y seis horas cada día.

Después, el Dr. Tsarka, acompañado de su hija Pepio, apareció en Londres, y los periódicos de mayor circulación y autoridad se apresuraron a publicar



Proyecto de los hermanos D. Luciano y D. Miguel Oslé. - Detalle del proyecto de los Sres. Oslé  
Proyecto de los Sres. Arnau (escultor) y Soler y March (arquitecto). - Proyecto de los Sres. Borrell y Nicolau (escultores) y Pericas (arquitecto)

EL MONUMENTO A VERDAGUER

De los bocetos enviados al primer concurso que para este monumento se celebró el año pasado y del cual dimos cuenta en el número 1.580 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, el jurado escogió cuatro, invitando a sus autores a un segundo certamen del que habría de salir aprobado el proyecto definitivo. Eran estos cuatro bocetos los de Clará, de los hermanos Oslé, de Soler y March (arquitecto) y Arnau (escultor), y Pericas (arquitecto) y Bofill y Nicolau (escultor), y de ellos sólo los autores de los tres últimos han concurrido al segundo concurso; el ilustre artista Clará renunció a tomar parte en él.

Los proyectos están expuestos actualmente en el palacio de la Diputación provincial, y como en el momento en que escribimos estas notas el jurado no ha emitido todavía su fallo, nos abstendremos de formular nuestra opinión sobre ellos, dejando que nuestros lectores aprecien por sí mismos las cualidades de cada uno en presencia de las reproducciones que en la página anterior publicamos.

Únicamente nos permitiremos lamentar, sin que esto suponga la más pequeña falta de consideración a los que han acudido al concurso, que no hayan figurado en éste artistas cuyos nombres no escribiremos porque están en la mente de todos y que bien podían haber rendido con su presencia un homenaje al inmortal poeta, la gloria literaria más grande de Cataluña.

Para fomentar la subscripción con cuyos productos ha de erigirse el monumento, la comisión de la Diputación provincial, compuesta de diputados de todas las tendencias políticas que en aquella corporación están representadas, ha dirigido a

los admiradores de Verdaguer una alocución en catalán, de la cual creemos oportuno traducir los siguientes párrafos:

«A Verdaguer debemos la aportación de la savia popular y de las fuerzas naturales de nuestro idioma catalán a todas las

mundo literario hacia nuestro renacimiento. Tan alta significación hace de él una gloria nacional a cuyo enaltecimiento todo el mundo se hará un deber y un honor en contribuir.

»Esta Diputación confía, pues, en que a su fervoroso llamamiento responderán todas las fuerzas y representaciones del país, desde las más altas esferas a los más modestos Ayuntamientos de Cataluña, desde las corporaciones y entidades más visibles y prestigiosas en la vida intelectual y económica, hasta las más humildes sociedades de reducida esfera de acción, y todas las clases sociales, todos los ciudadanos, sin distinción de clases ni de jerarquías. Porque a todos ennoblecera y a todos interesaría que, en el plazo más breve posible y con el esplendor de la mayor magnificencia que pueda alcanzarse, se alce el monumento en el que nos unimos a las generaciones futuras en el sentimiento de admiración que profesamos a quien tan bellamente produjo entre nosotros el escalofrío de la emoción cantando la Fe, la Patria y la Belleza eterna.

»Barceloneses, contribuid todos a enaltecer la gloria del cantor de nuestra querida ciudad. Amantes de la poesía, devotos de nuestra lengua, adoradores de la belleza, enamorados de la tierra, catalanes y admiradores de mosén Jacinto Verdaguer.»

A tan hermoso, patriótico y entusiasta llamamiento han respondido no sólo Cataluña entera, sino también muchas regiones hermanas y los países de América en donde hay colonias catalanas.

De todas partes se reciben donativos, siendo de esperar que en breve el inmortal poeta tendrá el monumento que a su gloria corresponde. — D.



Detalle del monumento a Verdaguer, proyecto de los Sres. Borrell, Nicolau y Pericas

formas literarias; a Verdaguer debemos la elevación épica por la cual más allá de las fronteras, junto con las primeras tradiciones de la humanidad narradas en las sublimidades de *L'Atlántida*, han conocido los hombres los primeros pasos de nuestra vida nacional en los bloques ciclópeos del Canigó; él resucitó en los *Idilios* aquella dulzura mística que había huído de nuestro envilecido lenguaje, en el que, por otro tiempo, la había amasado el Doctor iluminado; y por encima de todo esto fué el hombre que, con el esplendor que dió a nuestro idioma, que es verbo de la nacionalidad, atrajo las miradas de todo el

SELLOS DE CORREO AUTÉNTICOS  
LISTA DE PRECIOS GRATIS  
COMPRA - CAMBIO - VENTA  
RODOLFO KEIL, GABLONZ a/N AUSTRIA

Date de 1849 Paris  
**PUREZA DEL CUTIS**  
— LAIT ANTÉPHELIQUE —  
**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
ó Leche Candès  
pura ó mezclada con agua, disipa  
PEGAS, LENTEJAS, TEZ ARSOLEADA  
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA  
ARRUGAS PRECOCES  
EFLORESCENCIAS  
ROJECES.  
Pone y conserva el cutis limpio y terso  
Casa CANDÈS B<sup>a</sup> St-Denis, 10

**AVISO A LAS SENORAS**  
**EL ANIOL** 35 RES  
**JORET-HOMOLLE**  
CURA  
LOS DOLORES, REIARDOS,  
SUPRESIONES DE LOS  
MENSTRUOS  
F<sup>a</sup> G. SÉGUIN - PARIS  
165, Rue St-Honoré, 165  
TODAS FARMACIAS y DROGUERIAS

**Animator**  
**PSCHORR-BRÄU**  
(CERVEZA PSCHORR)  
**MUNICH**  
MARCA ORIGINAL  
Sólo se expende en enero, febrero y marzo  
Expedición a todos los puntos del mundo  
Su demanda va aumentando cada día  
PARA LOS ENCARGOS DIRIGIRSE DIRECTAMENTE  
A LA FÁBRICA  
**SE NECESITAN REPRESENTANTES**

SELLOS de caucho  
y de metal los proporciona  
P. HERM. SCHULTZE  
Berlin S.O. 16, Köpckestr. 113

**INNSBRUCK, TIROL**  
ESTACIÓN DE VERANO Y DE INVIERNO  
HOTEL TYROL, DE PRIMERA CLASE  
FOLLETO ILUSTRADO CARLOS LANDSEE

**FÁBULAS DE LA-FONTAINE**  
Nueva traducción debida á D. Teodoro Llorente, ilustrada con notables dibujos intercalados en el texto y láminas tiradas aparte, originales de Gustavo Doré. — Esta notable edición en un tomo casi folio, ricamente encuadernado con tapas alegóricas, se vende al precio de 35 pesetas en la casa editorial de Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona.

**PATE ÉPILATOIRE DUSSEY** destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILLI-VOLÉ, DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

EL EXMINISTRO DE ESTADO SR. GARCÍA PRIETO, MARQUÉS DE ALHUCEMAS, EN BARCELONA



El Sr. García Prieto (x) visitando las obras del puerto. (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

Acompañado de su distinguida hija María Victoria y del diputado a Cortes Sr. La Morena, ha permanecido algunos días en nuestra ciudad el exministro de Estado D. Manuel García Prieto, marqués de Alhucemas. Durante su permanencia en Barcelona, ha visitado el Ayuntamiento, la Diputación y las obras del puerto y ha efectuado excursiones al Tibidabo, a la colonia

fabril Güell, a Montserrat, a Tarrasa y al castillo que D. Manuel Girona posee en Castelldefels, siendo en todas partes muy agasajado y recibido con grandes muestras de afecto y simpatía. El Sr. García Prieto ha quedado muy satisfecho de su visita a esta capital y se ha conquistado las simpatías de cuantos han tenido ocasión de tratarle.

## ¿SUFRE V. DEL ESTÓMAGO,

**del hígado o de los intestinos?** Por la mañana, al levantarse, ¿tiene V. mal gusto o aguas de boca? ¿No tiene V. apetito y le causan repugnancia ciertos alimentos? Después de las comidas, ¿tiene V. dolor o pesadez de cabeza, somnolencia, eructos, plenitud y pesadez de estómago, acidez, vértigos, hinchazón, desvanecimientos, sofocación, palpitaciones, náuseas, indigestiones, vómitos o ja-

quecas? ¿Tiene usted dolor de estómago, dolor de vientre o dolores en la espalda? ¿Tiene usted diarrea o estreñimiento? ¿Se le pone con frecuencia la garganta irritada, la boca seca o el aliento fétido? ¿Siente usted malestar general, decaimiento o ineptitud para el trabajo? ¿Tiene usted insomnios o pesadillas? ¿Está usted triste, nervioso y melancólico sin que nada le divierta ni le anime? Es porque su estó-

mago está enfermo, porque funciona mal y digiere peor. El **GASTROL MIRET**, digestivo de gran potencia, anti-gastrálgico eficaz, tónico y desinfectante de las vías digestivas y rápido descongestionador de la mucosa gastro-intestinal; normaliza las funciones del aparato digestivo y alivia y cura pronto y bien sus enfermedades por rebeldes y antiguas que sean. Con su uso, se digieren con facilidad

y sin molestia los alimentos, poniéndolos en condiciones de ser bien absorbidos y asimilados por el organismo; el cual en consecuencia se nutre bien, recuperando el vigor que a causa de digestiones defectuosas hubiese perdido. Ensaye usted un frasco y se convencerá de sus maravillosos efectos. Pida y exija precisamente el **GASTROL MIRET** en las principales farmacias y rechace cualquier otro producto o imitación que se le ofrezca en su lugar. A cada frasco acompaña un librito muy interesante para los enfermos del estómago e intestinos, que remito también gratis por correo a quien lo pida.

NATALIO MIRET, Farmacéutico, Verdi, 68. Barcelona.—Agente exclusivo para la exportación: JACINTO VIÑAS Y MUXÍ, Barcelona (España).

DE VENTA EN TODAS PARTES

**FUMISTERIA CAÑAMERAS**  
Fundada en 1850

**COCINAS MODERNAS**  
GRAN VARIEDAD DE MODELOS  
TERMO-SIFONES PARA BAÑOS  
ASADORES AUTOMÁTICOS  
TOSTADORES, CALORÍFEROS Y  
CALEFACCIÓN POR AGUA Y VAPOR  
PRENSAS, BANCOS,  
MESAS Y SILLAS

Fábrica despacho: SICILIA, 141 y 143  
Teléfono 1940  
Depósito: HOSPITAL, 87. Teléfono, 2120  
**BARCELONA**

Sucursal: ESPOZ Y MINA, 15. — MADRID  
Teléfono, 3317

Catálogos, proyectos y presupuestos gratis

**ANEMIA DEBILIDAD Verdadero HIERRO QUEVENNE**  
Curadas por el Verdadero. — Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts. París.  
El más activo y económico, el único inalterable.

PÍDASE PROSPECTO J.A.

**LEITZ**

GEMELOS PRISMÁTICOS  
PARA  
EJÉRCITO Y MARINA  
VIAJE Y SPORT  
TEATRO Y CAZA

SE VENDEN EN TODOS LOS  
ESTABLECIMIENTOS DE ÓPTICA DE IMPORTANCIA O DIRECTAMENTE POR  
**E. LEITZ, WETZLAR (ALEMANIA)**

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN